

Febrero-Marzo 1972

litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

LITORAL



1926

1.^a entrega. N.^{os} 1, 2 y 3

*Torremolinos - Málaga
Andalucía - España - Europa*

N.º 25-26 (doble especial)

litoral

**Revista de la Poesía
y el Pensamiento**

Publicación mensual

La fundaron Emilio Prados
y Manuel Altolaguirre

De conformidad con lo que precep-
túa el art. 24 de la Ley de Prensa
e Imprenta:

Edita: José María Amado y Arniches
Dirige: Manuel Gallego Morell

Imprime: Imprenta Dardo

Situación financiera: Se nutre sólo
con la aportación de los suscriptores

Dirección, Redacción
y Administración:

Urbanización Miramar
Torremolinos - Málaga

Depósito Legal MA. 128 - 1968

Suscripción anual: 600 ptas.

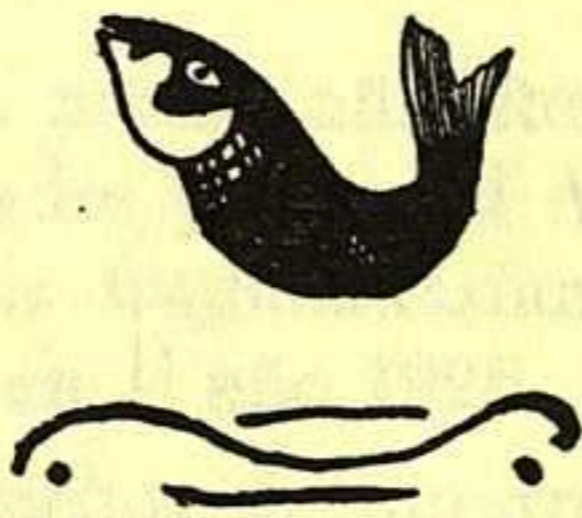
Distribución Exclusiva para Librerías:

EDICIONES DISTEIN

Calle Zigia, 3. Madrid - 27

Calle Londres, 79. Barcelona - 11

LITORAL



Aquel "Litoral" casi desapareció en la mano de cartablanos.
Por eso...

En nuestro deseo de que este libro y el espacio de la revista
sea una en nuestra biblioteca y un espacio de encuentro y diálogo
entre los que en esta tierra se preocupan por el futuro de la
nuestra humanidad y nuestra cultura, y por la felicidad de
nuestro país, hemos decidido que este libro sea el primer
número de una serie de libros que se publicarán en esta revista.

Este número 25 de la revista "Litoral" se publica en
marzo de 1977. En los números 1, 2 y 3 de la revista se
publicaron los libros "El mundo de los animales", "El mundo
de las plantas" y "El mundo de los minerales".

LITORAL



Breve comentario

Al concluir nuestro primer año literario y en el núm. 13-14, homenaje a Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, que iniciaron "Litoral", reproducimos fragmentariamente el primer número que publicó la revista en el año 1926.

Desde entonces muchos de nuestros suscriptores nos escribieron con la petición de que les indicáramos el medio posible de obtener aquellos números (nueve en España y cuatro en Méjico) que constituían el primer arranque.

Aquel "Litoral" casi no existe sino en manos de contadísimas personas.

En nuestro deseo de que esta segunda época de la revista esté unida en vuestras bibliotecas a lo que constituyó su iniciación, como lo está todo su espíritu en nuestros propósitos, en nuestra intimidad y nuestras maneras, hemos decidido al comenzar este tercer año, hacer la reproducción exacta de esos números del principio, en tres entregas.

Este número 25-26, febrero y marzo de 1972, en portada, comprende los núms. 1, 2 y 3 del año 1926. A esta primera entrega seguirá una segunda con los núms. 4 y el 5, 6 y 7 que entraña el homenaje a Góngora, un extraordinario número que

constituye una joya del buen hacer y en el que colaboraron de Picasso, Juan Gris y Manuel de Falla a lo más importante de aquella generación que entonces empezaba. Ese número 27-28 que llevará en portada abril y mayo de 1972, nivelará en fecha nuestro diálogo y estará en vuestras manos en junio de 1972.

Vamos a intercalar después el homenaje a César Vallejo, luego el proyectado ya en 1971 homenaje a Manuel de Falla, al cumplirse el centenario de su nacimiento. Otro número será "Desde Sevilla a Luis Cernuda" y cerraremos el tercer año literario con la tercera entrega núm. 8-9 de 1926 y el homenaje de los que viven, al espíritu y continuidad en las letras españolas de "Litoral".

Si Dios reparte suerte y el dinero no nos ahoga con su dura garra, en el cuarto año de "Litoral", irá la entrega de los números publicados en Méjico, bajo la égida y dirección de Juan Rejano, Giner de los Ríos, Emilio y Manolo.

Estos son los caminos ilusionados que abrimos a nuestros propósitos; que ellos encajen con vuestros deseos. El deambular de todos por el diario vivir es muy poco propicio hoy a la meditación y la lectura. Pero si a la vida y desde alguna esquina, no le ponemos un poco de poesía, no se si merecería la pena vivirla.

J. M. A.

Introducción

La calle de San Lorenzo es una vía malagueña perpendicular a la Alameda de Colón o "de los tristes" y que desemboca en el Muelle de Heredia. Es una calle a la que llega el sabor marino de nuestro puerto. Huele a brea y sabe a mar. Hasta ella llegan, confundidos sus tonos, las sirenas de los barcos y las gruesas palabras de los marineros y obreros portuarios.

En esta calle, un día de otoño (que aún me parece estar viviendo) hicieron su irrupción las máquinas en que se va a componer e imprimir una revista: LITORAL. La dirigirán, en esta su primera época, dos poetas de inolvidable memoria, dos poetas de la más pura raigambre malagueña: Emilio Prados y Manolo Altolaguirre. Junto a ellos, toda una generación poética. Los vecinos de la calle ven, con esa mirada comprensiva y tolerante del malagueño, como llegan con alegre algazara toda una serie de jóvenes alocados que ríen, chillan, pelean y un día del mes de noviembre de 1926, gloriosamente sacan a la luz su publicación.

Una somera ojeada a la nómina de colaboradores de LITORAL es ya un recorrido completo por todo el panorama de la poesía, la música, la pintura y la tipografía españolas contemporáneas.

No puede concebirse a LITORAL sin Emilio Prados, sin Manuel Altolaguirre, sin Moreno Villa, sin Hinojosa ni tampoco sin Aleixandre, Alberti o Lorca. Tampoco sin Palencia, Cossio, Manolo Angeles Ortiz, Peinado, Prieto...

Se ha discutido generalmente la definición que cuadre con exactitud a este movimiento. Algunos le llaman "Generación de la Dictadura" otros "del 27". Yo pienso que entonces cuantos vinieron a hacer suyo lo que es poesía, no tienen más posibilidad de nombre que el de GENERACION DE LITORAL. En efecto, esta revista felizmente resucitada hoy por el generoso entusiasmo de José María Amado, fue el aglutinante de todos, con independencia de edad o convicciones políticas que en el orden de la poesía no cuentan.

Por ello en sus páginas (como en las actuales) junto a los consagrados, la nueva generación surge potente. Federico García Lorca anticipa parte de su Romancero Gitano, que luego editaría en Madrid, 1926, José Bergamín; en ese mismo año, publica Bergamín en los suplementos de LITORAL, Caracteres; Rafael Alberti, con La amante, había, ya en 1925 inaugurado los suplementos de la revista; Jorge Guillén adelanta poemas de su Cántico, cuya primera edición aparecerá en Madrid, 1928; Luis Cernuda, Perfil del aire, suplemento de LITORAL en 1927; Gerardo Diego su Fábula de Equis y Zeda; Aleixandre, Ambito en 1928 y tantos y tantos nombres de nuestro renacimiento poético.

Por ello, insistimos apasionadamente, llamamos GENERACION DE LITORAL a la que inició el actual florecimiento de la poesía, la pintura y la música española contemporánea; porque no puede tomar nombre una generación de una fecha ocasional del calendario (menos de una más ocasional situación política), sino del fenómeno que aune sus valores y les dé su medida.

LITORAL, nació inmortal, sigue su glorioso vericuetto. Otros son los nombres, pero el espíritu es y seguirá siendo siempre el mismo.

Yo, nacido a las letras junto a ellos, me atrevo a expresar en nombre de todos y más que nada de ese espíritu, el agradecimiento debido a José María Amado.

ANGEL CAFFARENA

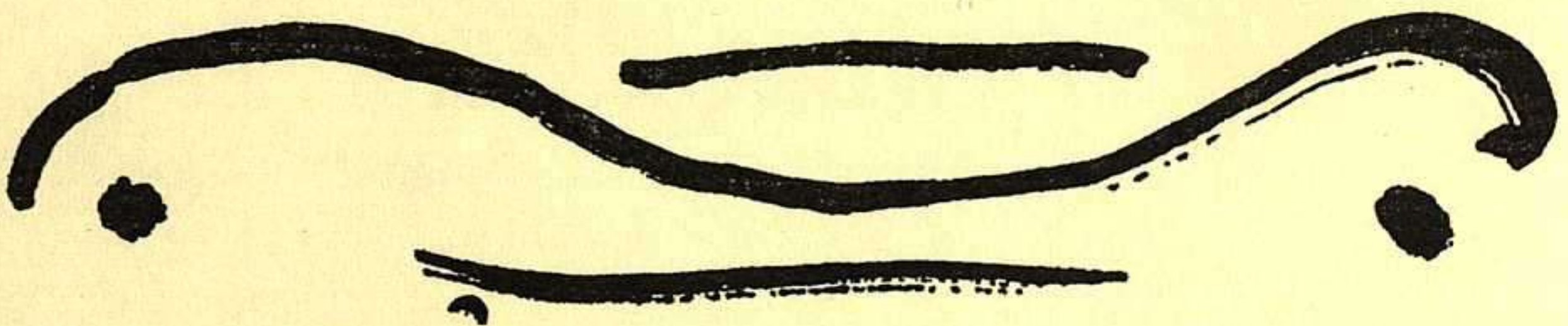
l i t o r a l

noviembre, 1.926

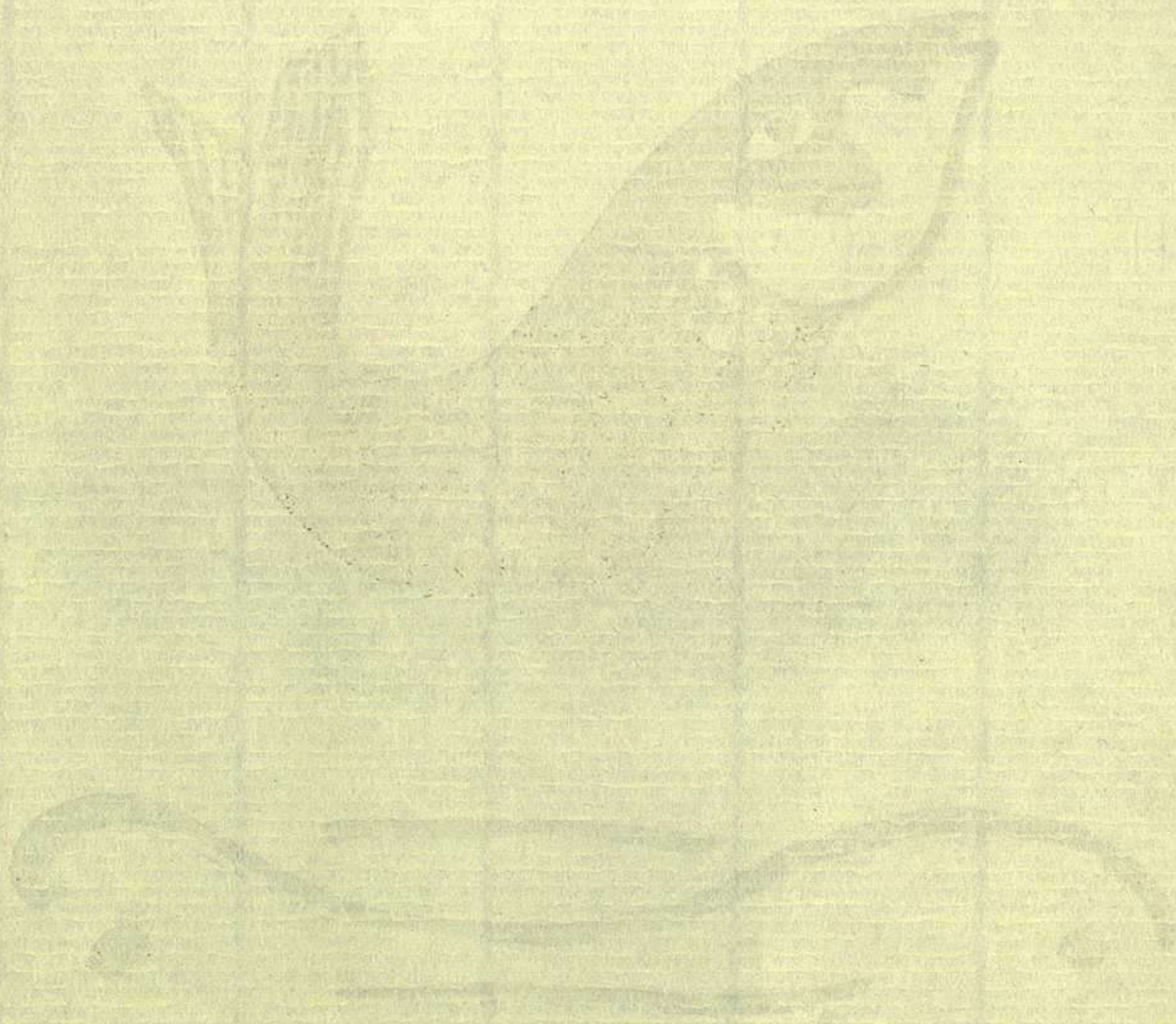
número uno.

**Bajo la dirección de
Emilio Prados y Ma-
nuel Altolaguirre.
Málaga, imprenta
Sur, San Lorenzo, 12**

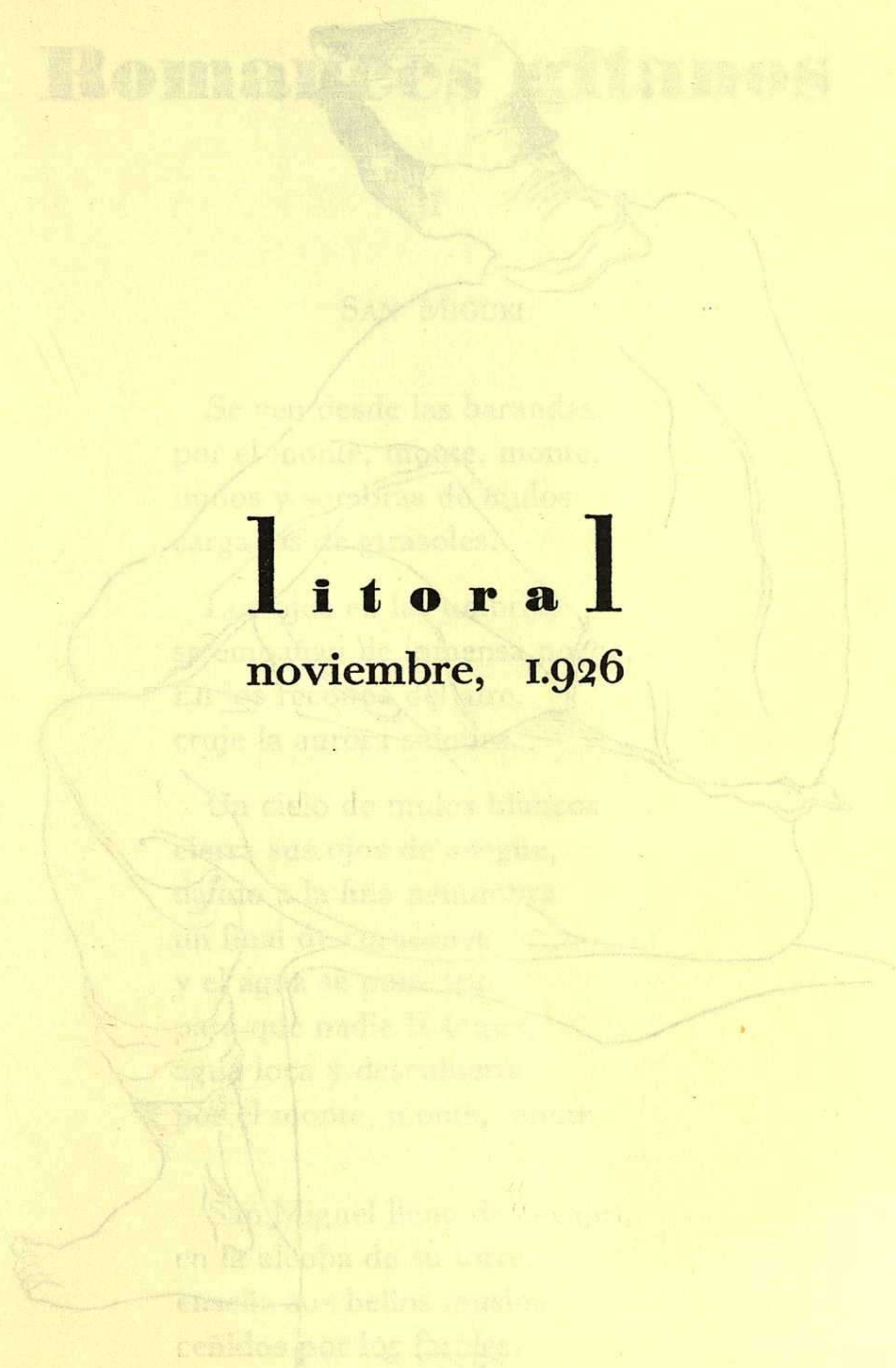
LITORAL



MAROTIL



ROMANESCO EXTERNO



L i t o r a l
noviembre, 1.926

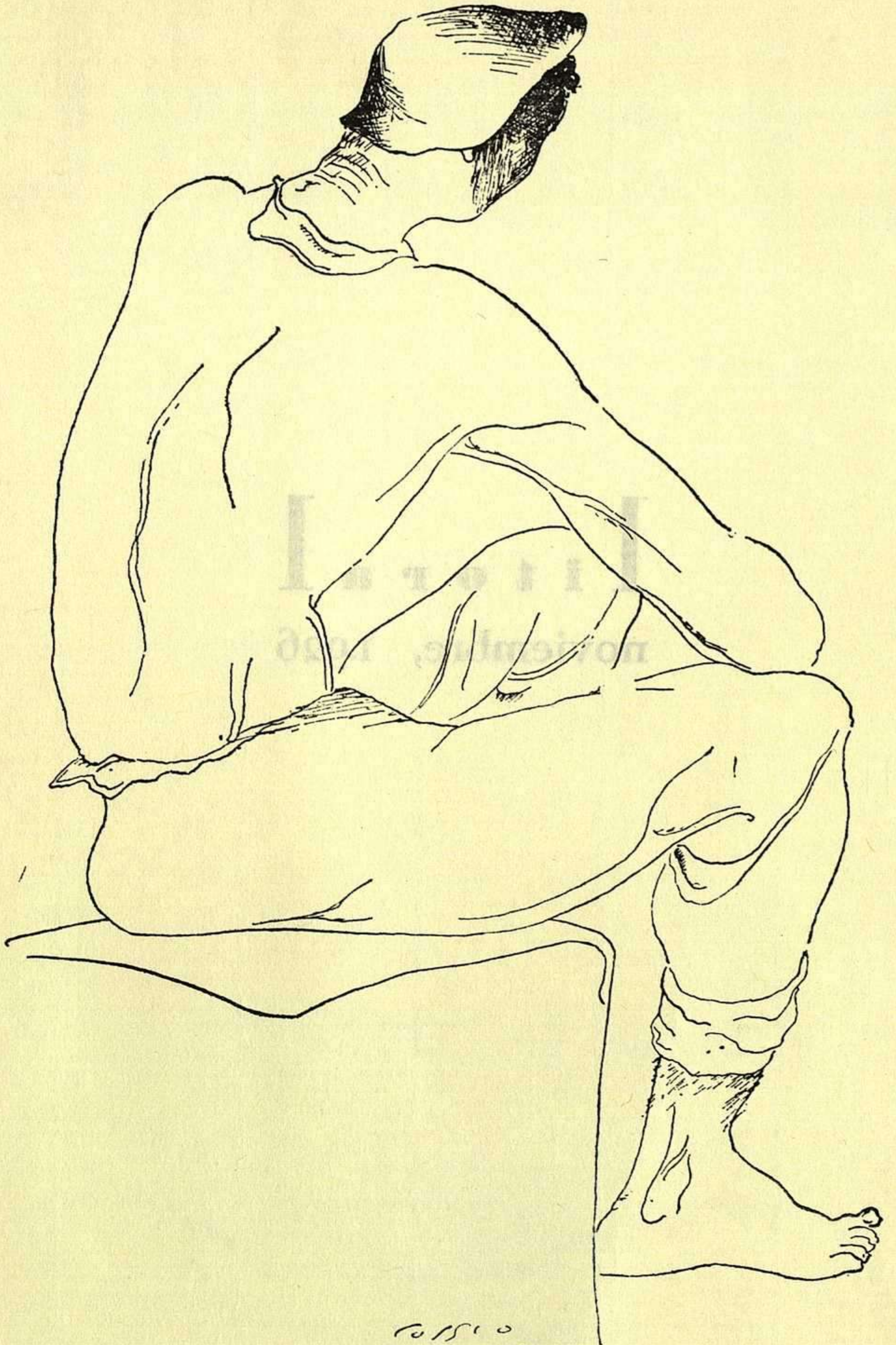
Se ven desde las barandas
por el agua, monte, monte,
montes y cerros de todos

los lados de la plaza.

En el cielo de nubes blancas
flotan sus ojos de agua,
dejando la línea amarilla
del mar en el horizonte
y el agua se pone azul

por que nada se levanta
sobre los montes y cerros
por el monte, monte, monte

San Miguel tiene de la plaza
en la plaza de su casa
cerros y cerros bellísimos
cubiertos por los cerros



COSSIO
PARIS 1883

Romances gitanos

I

SAN MIGUEL

Se ven desde las barandas,
por el monte, monte, monte,
mulos y sombras de mulos
cargados de girasoles.

Los ojos en las umbrías
se empañan de inmensa noche.
En los recodos del aire,
cruje la aurora salobre.

Un cielo de mulos blancos
cierra sus ojos de azogue,
dando a la fina penumbra
un final de corazones
y el agua se pone fría
para que nadie la toque,
agua loca y descubierta
por el monte, monte, monte.

San Miguel lleno de encajes,
en la alcoba de su torre,
enseña sus bellos muslos
ceñidos por los faroles.

Arcángel domesticado
en el gesto de las doce,
finge una cólera dulce
de plumas y ruiseñores.

San Miguel canta en los vidrios,
efebo de tres mil noches,
fragante de agua colonia
y lejano de las flores.

El mar baila por la playa
un poema de balcones.
Las orillas de la luna
pierden juncos, ganan voces.
Vienen manolas comiendo
semillas de girasoles,
los culos grandes y ocultos,
como planetas de cobre.
Vienen altos caballeros
y damas de triste porte,
morenas por la nostalgia
de un ayer de ruiseñores
y el obispo de Manila,
ciego de azafrán y pobre,
dice misa con dos filos
para mujeres y hombres.

San Miguel se estaba quieto
en la alcoba de su torre,
con las enaguas cuajadas

de espejitos y entredoses.

San Miguel, rey de los globos
y de los números nones,
en el primor berberisco
de gritos y miradores.

II

PRENDIMIENTO DE ANTOÑITO EL CAMBORIO

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
con una vara de mimbre
va a Sevilla a ver los toros.
Moreno de verde luna
va despacio y cadencioso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.
A la mitad del camino
cortó limones redondos
y los fué tirando al agua
hasta que la puso de oro.
Y a la mitad del camino,
en las chinias de un arroyo,
guardia civil caminera
lo llevó codo con codo.

El día se va despacio

con la tarde sobre un hombro,
dando una larga de flores
sobre el mar y los arroyos.

Las aceitunas esperan
la noche de capricornio
y una corta brisa ecuestre
salta los montes de plomo.

Antonio Torres Heredia,
hijo y nieto de Camborios,
viene, sin vara de mimbre,
entre los cinco tricornios.

Antonio, ¿quién eres tú?
Si te llamaras Camborio,
hubieras hecho una fuente
de sangre, con cinco chorros.
Ni tú eres hijo de nadie,
ni legítimo Camborio,
gastas cintillos de plata
y corazón sin enojos.
¡ Se acabaron los gitanos
que iban por el monte solos !

A las nueve de la noche
lo llevan al calabozo,
mientras los guardias civiles
beben limonada todos.

Y a las nueve de la noche
le cierran el calabozo,
mientras el cielo reluce
como la grupa de un potro.

III

PRECIOSA Y EL AIRE

La luna de pergamino.
Preciosa, tocando viene
por un anfibio sendero
de cristales y laureles.
El silencio sin estrellas,
huyendo del sonsonete,
cae donde el mar bate y canta
su noche llena de peces.
En los picos de la sierra
los carabineros duermen,
guardando las blancas torres
donde viven los ingleses.
Y los gitanos del agua,
levantan, por distraerse,
glorietas de caracolas
y ramas de pino verde.

La luna de pergamino.
Preciosa tocando viene.

Al verla se ha levantado
el viento, que nunca duerme.
— San Cristobalón desnudo
lleno de lenguas celestes,
mira a la niña, tocando
una dulce gaita ausente. —

« Niña, deja que levante
tu vestido, para verte.
Abre en mis dedos antiguos
la rosa azul de tu vientre. »

Preciosa tira el pandero
y corre sin detenerse.
(El viento-hombrón la persigue
con una espada caliente.)

Frunce su rumor el mar.
Los olivos palidecen.
Cantan las flautas de umbría
y el liso gong de la nieve.

¡ Preciosa, corre, Preciosa,
que te coge el viento verde !
¡ Preciosa, corre, Preciosa !
¡ Míralo por donde viene
sátiro de estrellas bajas
con sus lenguas relucientes !

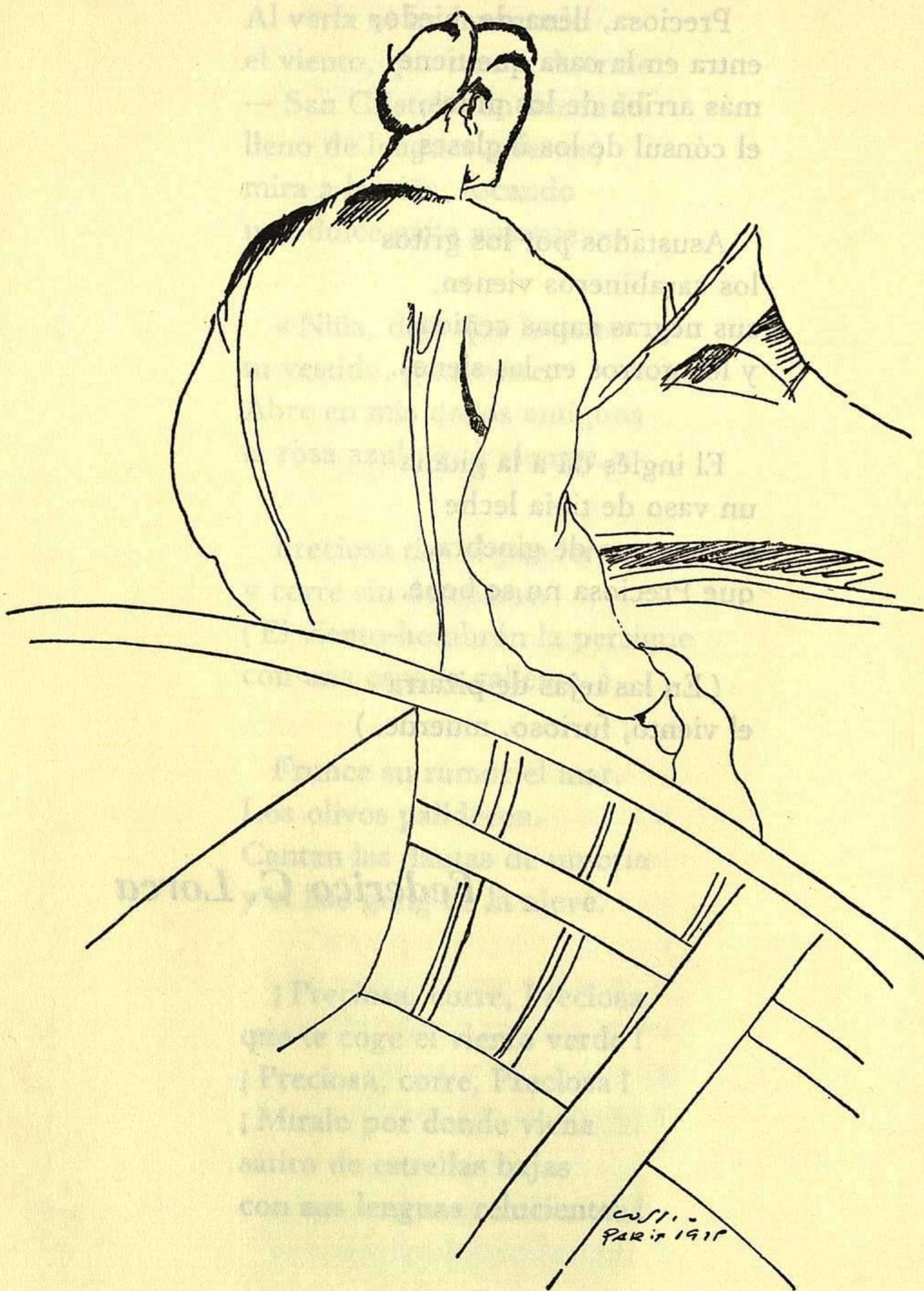
Preciosa, llena de miedo,
entra en la casa que tiene
más arriba de los pinos,
el cónsul de los ingleses.

Asustados por los gritos
los carabineros vienen,
sus negras capas ceñidas
y los gorros en las sienas.

El inglés dá a la gitana
un vaso de tibia leche
y una copa de ginebra,
que Preciosa no se bebe.

(En las tejas de pizarra
el viento, furioso, muerde.)

Federico G. Lorca



C. J. 11. -
PARIS 1911

”Hija de la espuma”

(a E. P. y M. A.)

∞ ¿Málaga existe?

Fuera de España, y un poquito fuera del mundo, tal vez.

Se supone que la descubrió a principios del siglo veinte (X y O) el aventurero Pablo Picasso; o que la inventó, entre perspectivas septentrionales, y por sorpresa.

(¡ Ay, terrible broche de Picasso, doloroso como un cinturón ajustado, se me quedó clavado en las entrañas!).

∞ Málaga limita al N. con el oceano glacial ártico y al S. con el oceano glacial antártico; al E. con el mar del Japón y al O. con el mar del Japón otra vez.

No tiene remedio.

∞ La había soñado para poder llegar a verla. La he visto para no poder volverla a soñar.

Me moriría sinó.

∞ Hemos pasado por el puentecillo ideal, abstracción pura—sin tierra y sin río—, blanco de plata, cartón, ausencia angélica.

∞ Mi amigo, con una despreocupación astral

digna de Hamlet adolescente — todo él hecho gabán, con el sombrerito torcido — sonríe como si estuviese en Noruega:

mi otro amigo, se siente perdido de pronto, cogido por un pulpo de niebla rosa — eso dice él —, envuelto en su algodón . . . ¿No le matará esa asfixia blanda? ¿o llegará, protegido por el duro papel azul — desnudo y encubierto, en el pecho una cruz sangrienta (¡ no tiréis !) —, a una melancólica playa de Africa en donde los soldados españoles se hirieron, al desembarcar, con un pedacito de lata? . . .

∞ Voy andando entre capas, entre copos, entre copas de cristal rosa; y me hundo — sin querer, claro, — dentro del cielo.

∞ « Entre espinas, crepúsculos pisando »
(¡ era verdad !, ¡ era verdad !)

∞ Se empeñó en arrancar del fondo del mar las estrellas que se reflejaban de la nebulosa celeste.

∞ El gris de pita y el carnosos blanco rosado envuelto en verdinegro, no eran bastante para explicar mi maravilla; hasta que sacaron en las redes todo el mar hecho una sola rosa.

∞ Cristo: rosa en la cruz.
(No es eso).

Figura de lo invisible.
(Eso sí).

∞ ¿Por qué sube a la torre conmigo este niño que habla tan divinamente? ¿quiere avergonzarme con su charla, confundirme con su graciosa creación poética?

Estoy arriba, arriba, arriba . . .

Vivo de milagro.

∞ Hemos pisado a Juana de Arco otra vez; y siempre. Ella grita, desesperadamente, clamando su inocencia.

— Esta perrita — dicen mis amigos — debía tener un nombre de perra de marinero. . .

— No debíais darle de comer pescado frito — respondo.

∞ La transparencia extraterrestre, la suavidad, este embalsamamiento de todo me envenena.

Cuando me vaya, llevaré en el pecho una herida incurable.

∞ Ya no podré ser más que extranjero — sonámbulo o borracho — bohemio sobrenatural y divino !

∞ No llores. ¿ Qué puede una sola mujer contra toda la feminidad del mar, de la tierra y del cielo?

∞ La continuidad del milagro, su constante repetición, su permanencia, me volvería loco.

¡ Fuera, fuera de aquí !

¿ Pero cómo podré estar ya, nunca, dentro de nada ?

∞ No es la belleza lo que mata sino su belleza; prostituye el alma.

Hay que huir, camino de los montes, y sin volver la vista atrás.

José Bergamín

Various poemas

I

*Cuando el espacio, sin afán, resume
Con una nube*

Su vasta indecisión a la deriva . . .

¿Dónde la orilla ?

*Mientras el río con el rumbo en curva
Traza sus fugas*

*Huyendo de la onda infatigable,
Tránsito en cárcel,*

*Mientras el agua, duramente verde,
Burla sus peces*

*Bajo el profundo equívoco reflejo
De un aire trémulo . . .*

*Cuando conduce la mañana, lentas,
Sus alamedas*

*Gracias a las estelas vibradoras
Entre las frondas,*

*A favor del avance sinuoso
Que pone en coro*

*La ondulación suavísima del cielo
Sobre su viento*

*Con el curso tan ágil de las cosas,
Que agudas bogan . . .
¡ Primavera delgada entre los remos
De los barqueros !
¡ Qué plenitud en el encanto enjuto !
¡ Oh cuerpo femenino !
Ningún primor: ni voz ni flor. ¿ Destino ?
¡ Oh presente absoluto !*

II

*Yo, quieto, seré quién vea
Cómo el estío se afila
Dentro de aquella tranquila
Tarde probable en la aldea
Donde un viajero sesteo
Para olvidar el Confín
Que persigue su trajín,
Frente a tanta luz en paro,
Tan contemplada, al amparo
Fiel de alguien: luz sin fin.*

III

*Sobre el hombro solitario,
Tan ligero de tan duro,*

*(¡ Mira a la aurora en apuro:
Fuga del lirio precario !)
Guarda luces de un acuario,
(¡ Feria marina del cielo !)
Ardua para el fiel desvelo,
Galatea, bella adrede . . .
(Mira a la aurora: ya cede
Lirios al mar paralelo.)*

IV

*Yo ví la rosa: clausura
Primera de la armonía,
Tranquilamente futura.
Su perfección sin porfía
Serenaba al ruiseñor,
Cruel en el esplendor
Espiral del gorgorito.
Y ciñó al aire el espacio
Con plenitud de palacio,
Y fué ya imposible el grito.*

V

*Blancos, rosas . . . Azules casi en veta,
Retraídos, mentales.
Puntos de luz dirigen sus señales
Hacia ninguna meta.*

*Pero el color, infiel a la penumbra,
Se consolida en masa.*

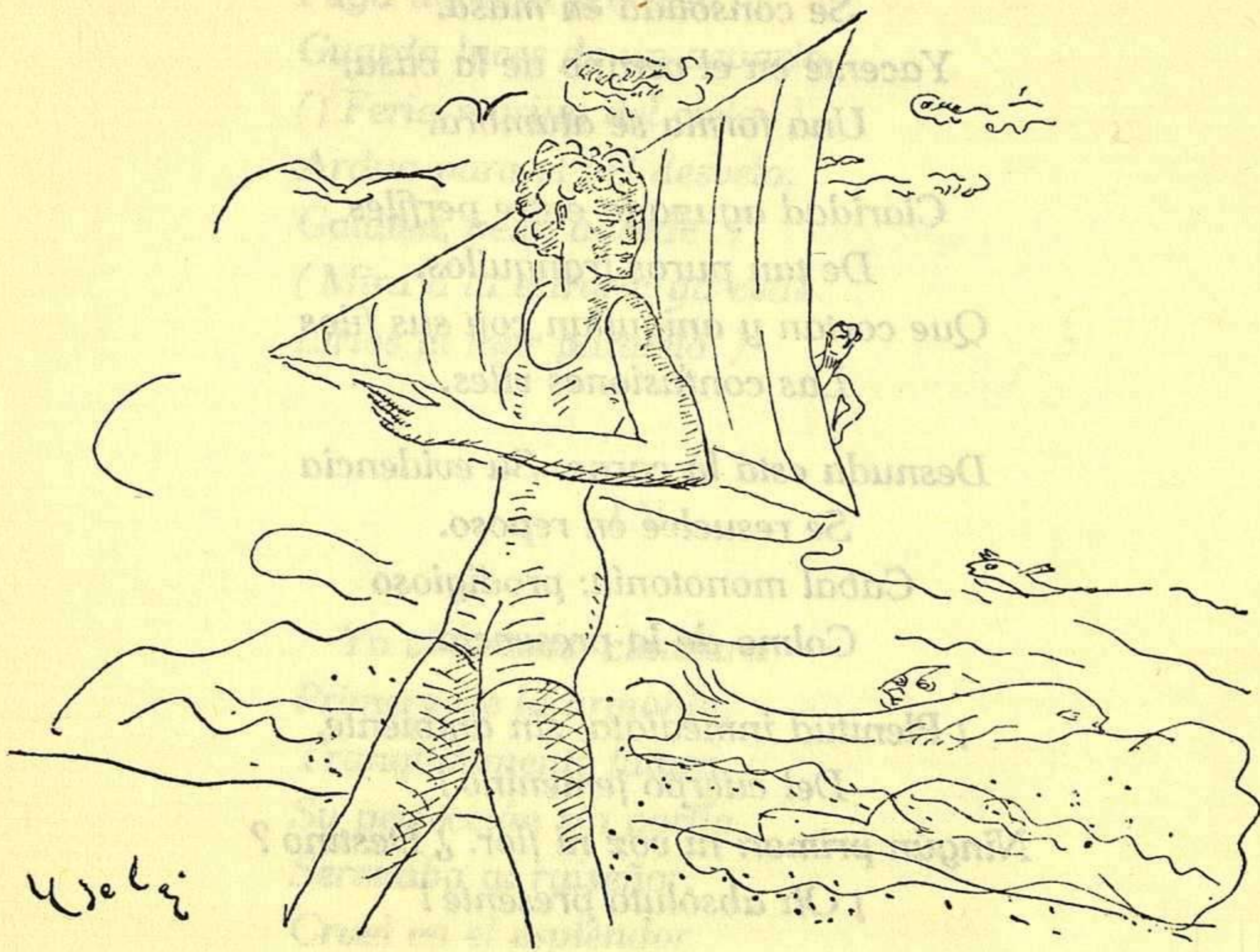
*Yacente en el verano de la casa,
Una forma se alumbra.*

*Claridad aguzada entre perfiles
De tan puros tranquilos,
Que cortan y aniquilan con sus filos
Las confusiones viles.*

*Desnuda está la carne. Su evidencia
Se resuelve en reposo.
Cabal monotonía: prodigioso
Colmo de la presencia.*

*¡ Plenitud inmediata, sin ambiente,
Del cuerpo femenino !
Ningún primor: ni voz ni flor. ¿ Destino ?
¡ Oh absoluto presente !*

Jorge Guillén



Uselej

Jorge Guillén

Blancos, rosas . . . Azules casi en vela,
Ratados, mentales.
Puntos de luz ríspida sin señales
Hacia ninguna man.

CINCO

poema en prosa

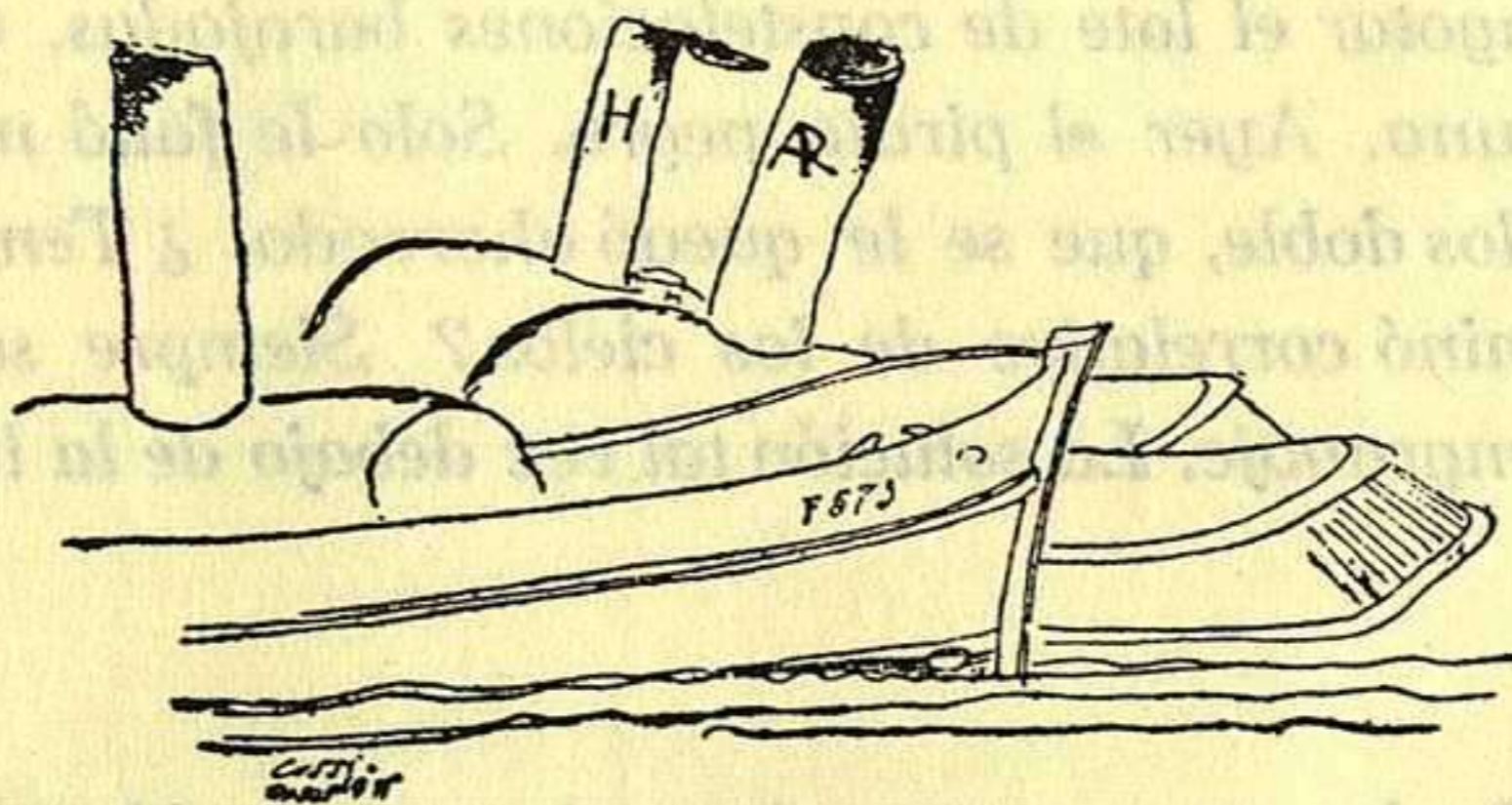
UNO, dos, tres, cuatro, cinco piratas se reunían a jugar ayer tarde en el peñón más alto de la costa. Ley de piratas es que el azar disponga de los tesoros del botín a su real antojo. Una rotación mecánica con chirrido y encaje, va haciendo pasar por el norte fijo las cinco puntas de la estrella giratoria. Los piratas usan una brújula de cinco puntos cardinales: norte, este, sur, oeste, cero. 72° de cuadrante, esto es, de quinante. Se turna a girar la estrella, como a los barquillos. El cero se paró apuntando al pirata azul. Y el pirata azul se llevó los dineros.

UNO, dos, tres, cuatro, cinco piratas se juntaron anoche a jugar sobre el peñón más alto de la costa. Juegan al dominó de estrellas. A encadenarlas por los topes, como vagones en serpiente, hasta agotar el lote de constelaciones barajadas. Cada noche gana uno. Ayer el pirata negro. Solo le falló una ficha, Orión, el dos doble, que se le quedó ahorcado. ¿Tendrá solución el dominó correlativo de los cielos? Siempre sobra una pieza sin engranaje. La solución tal vez debajo de la luna.

UNO, dos, tres, cuatro, cinco piratas coinciden a jugar de madrugada, sobre el peñón más alto de la costa. El mar cuelga como un mapa escolar, del alambre del horizonte. Ahora toca jugar a los naipes, al póker de piratas. De repente el pirata verde grita: "Arriba" Y apuntando al telón, señala un trío de pa-

toches, que corona tristemente la raya horizontal. Todos van a rendirse. Pero el pirata rojo, mostrando el descenso paralelo, tenaz: verso tras verso, de las olas nevadas, exclama: “Escalera del mar” y rebaña todas las posturas.

Gerardo Diego



Narciso

1

(SITUACIÓN)

No en atanor ni estanque, nardo mío,
de metal gualda y perejil crestado,
ni en el florero corredor del río.

A tí, mis ojos, en el agua plana
del mar, te miren, dulces, retratado,
y reflejado, arriba, en la mañana.

Náutico el silbo de mi flauta, vira,
golfo rubí en tu nieve persiguiendo,
nivelando la lámina zafira.

No el pantalón de luna y la chaqueta
de sol, ni el alfiler de plata hirviendo,
ni el auto ni la azul motocicleta.

La música del riel y los heridos
montes dispersos, valles y piaras,
para los trenes del verano ardidos.

Lo inmutable, marmóreo y verdadero;
desnudo siempre tú sobre las aras
de las ondas, besando al marinero.

Besando al marinero que te quiere
 mármol amante nadador y puro,
 que por tí rasga el mar y en tí se muere.

Una boca de sal despinta y llena
 de luz amarga y norte el inseguro
 beso que el labio sumergido estrena.

Llora tritón los destrenzados ríos
 de sus barbas flotantes, relumbrados,
 de fuego y miel senil sus ojos fríos.

Dos hamadriadas, en el sol internas
 las conchas de sus pechos escamados,
 el ritmo admiran de las cuatro piernas.

Venus se siente generala y, ciegos,
 treinta rayos del mar, combos delfines,
 la escuadra en fila arrastran de los griegos.

¡ Sal tú, Narciso, que la lunería
 te espera, no del agua, en los jardines
 lisos, al sol, de la camisería !

(METAMORFOSIS)

Cuellos, puños, lacustres pasadores,
botón de nácar y almidón helado,
las rayadas camisas de colores.

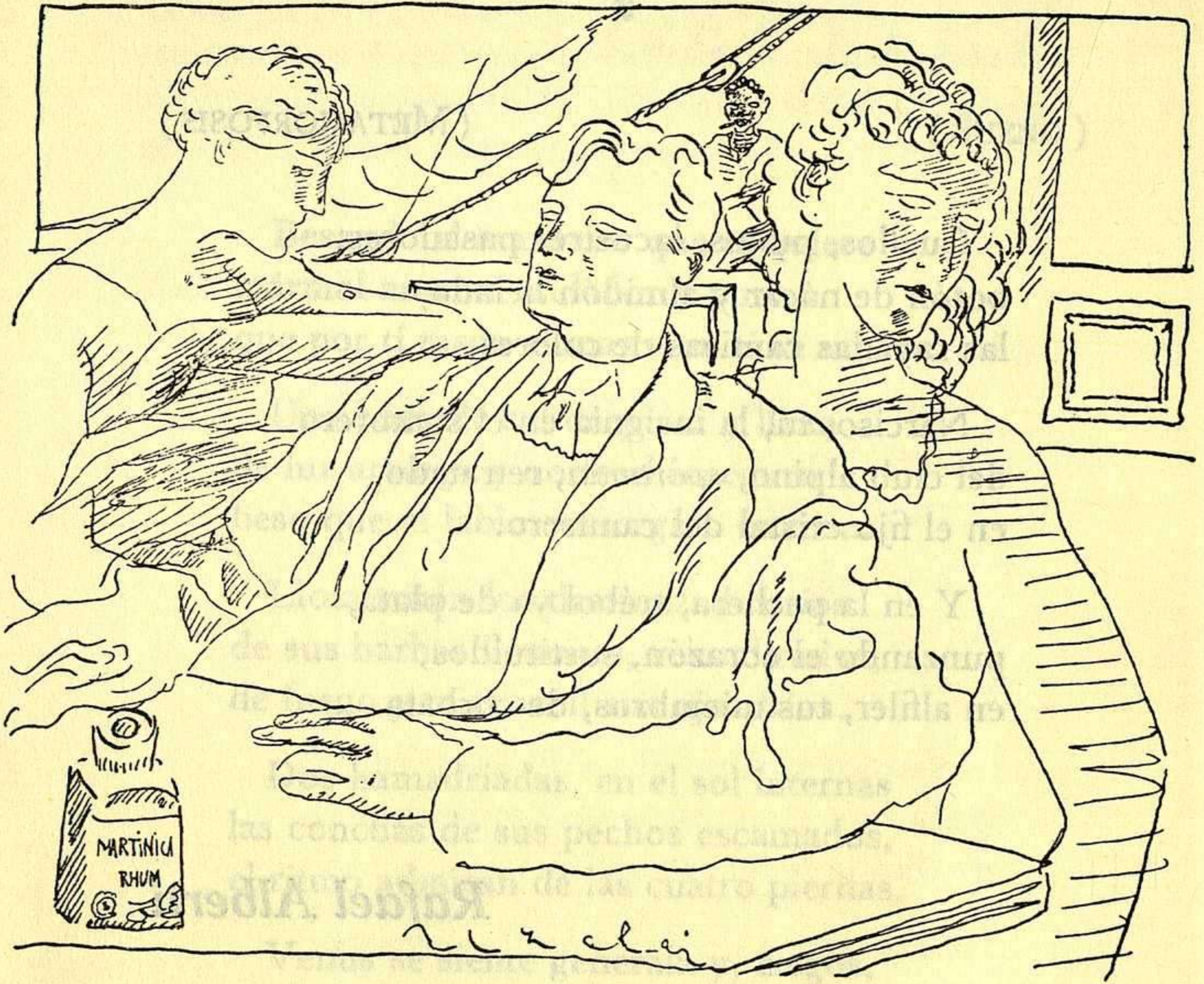
Narciso, tú, la insignia en el sombrero
del club alpino, *sportman*, retratado
en el fijo cristal del camisero.

Y en la pechera, trébol ya de plata,
punzando el corazón, sustituidos,
en alfiler, tus miembros, de corbata.

Rafael Alberti

Fuera del camarero: la colcha ibérica
mechando el sus quejidos, vete miedo y tristeza.
Por las calles del puerto, como las luces oscilan
y en los bares lejanos los avíos cobocan.

Una estrofa derrama su perfume de tere.
En la mesa del agua frega el pez y el rufián.
La campana acuriosa al silencio que ha roto
y cubre sus heridas con su blanco pañuelo.



treinta rayos del sur, como del finis,
la escuadra en fila arrastran de los griegos.

¡Sal tu, Narciso, que la hanza
te espera, no del agua, en los jardines
llenos, al sol, de la camiseta!

Vispera

*El marinero bebe la rosa de los vientos
en cristal de bandera y luna clara.
En pie sobre sus anclas el barco soñoliento,
devana sus cadenas y peina sus amarras.*

*Enhebrada se queda la aguja del viaje,
junto a la carta azul, el compás y la lente;
mientras que el capitán, entre dos blancos mares,
— ágil nadador joven — limpia espuma desteje.*

*Sobre su frente, el atlas abre su mariposa,
y en el papel, el barco juega a flores distantes,
trazando itinerarios sobre las planas olas,
que el pincel del ensueño tiñe con falso esmalte.*

*Fuera del camarote: la cubierta dormida
meciendo a sus naranjas, entre miedo y tristeza.
Por las calles del puerto, aún las luces oscilan
y en los bares lejanos las voces cabecean.*

*Una estrella derrama su baraja de oro.
En la mesa del agua juega el pez y el reflejo.
La campana acaricia al silencio que ha roto
y cubre sus heridas con su blanco pañuelo.*

*Las anclas justifican el molde de su ausencia,
aún sujetas al suelo entre rosas profundas.
La enmohecida hélice sus pétalos ordena
y la máquina fiel su corazón ajusta.*

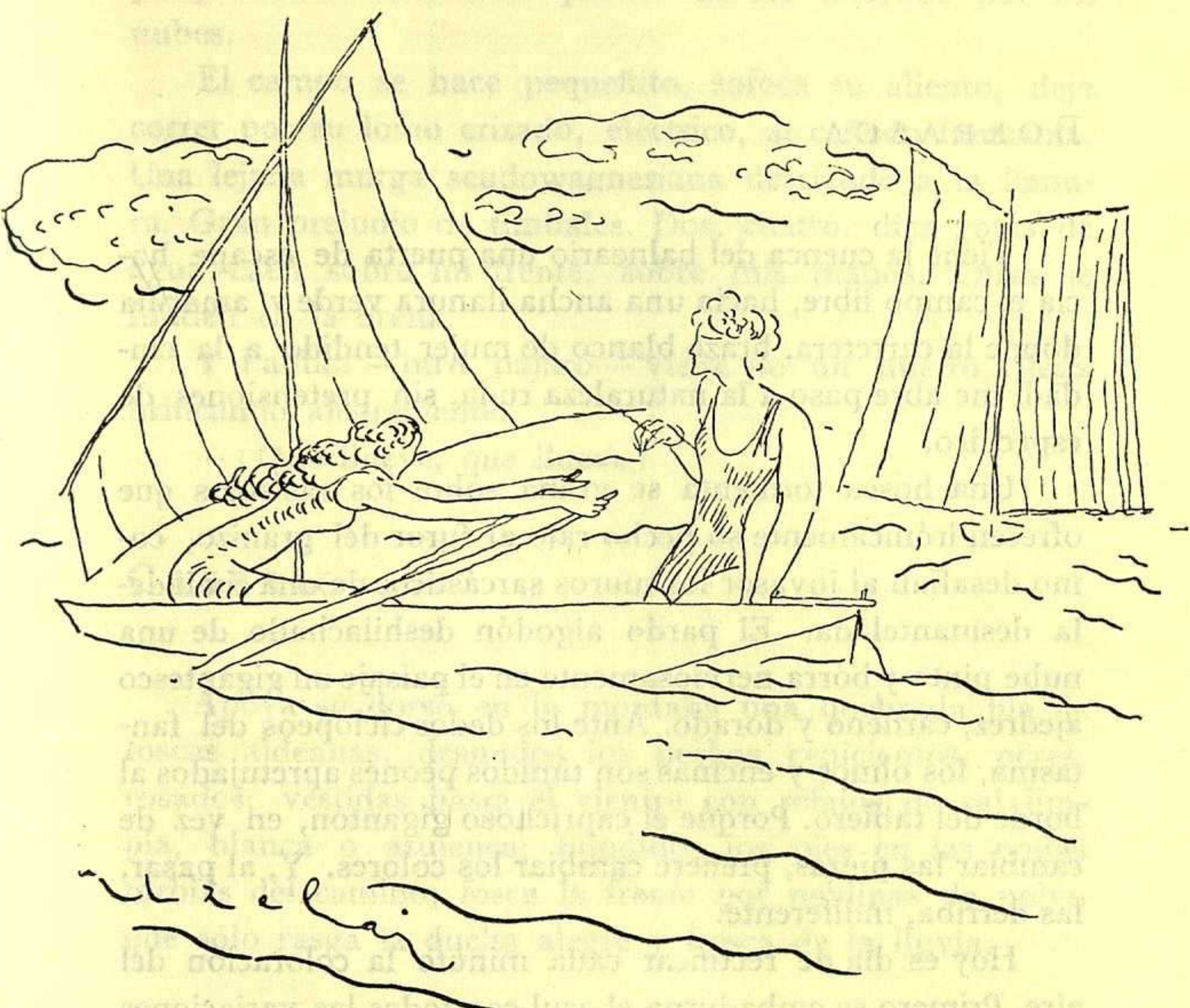
*La brújula se inquieta por su largo descanso;
su inquietud multiplica los puntos cardinales
y muestra al marinero, en su oráculo falso,
el balcón y la rosa, final de su viaje.*

*Toda la noche cuelga como un gran mapa negro.
El cartón de la luna gira su blanca esfera
y en ella busca el barco con su largo puntero,
el puerto más cercano y el agua más serena...*

*Otro barco en mi pecho su movimiento imita,
— ¡doble siempre mi alma en su imagen dispersa! —
sus barandas arregla para la despedida
y su timón prepara para el alba que espera.*

Emilio Prados

Salón de Estío



El agua azul
del mar
se refleja en
el cielo azul
del día
y el azul
del mar
se refleja en
el cielo azul
del día

Salón de estío

BORRASCA

Tiene la cuenca del balneario una puerta de escape hacia el campo libre, hacia una ancha llanura verde y amarilla donde la carretera, brazo blanco de mujer tendido a la ciudad, me abre paso a la naturaleza ruda, sin pretensiones de específico.

Una hosca tormenta se grana sobre los rastrojos que ofrecen irónicamente su pecho ralo al furor del granizo, como desafían al invasor los muros sarcásticos de una ciudadela desmantelada. El pardo algodón deshilachado de una nube pinta y borra nerviosamente en el paisaje un gigantesco ajedrez, cárdeno y dorado. Ante los dedos ciclópeos del fantasma, los olmos y encinas son tímidos peones apretujados al borde del tablero. Porque el caprichoso gigantón, en vez de cambiar las piezas, prefiere cambiar los colores. Y, al pasar, las derriba, indiferente.

Hoy es día de rectificar cada minuto la coloración del aire. Primero se embadurna el azul con todas las variaciones del gris. Luego desfila una procesión de sienas y morados, de malvas y jacintos. Y ocres, amarillos terrosos. . . Por fin, la lenta caravana de los plomos. Va descendiendo sobre el campo, un cielo compuesto, inconsistente; un amasijo de pintura sin sentido que amenaza endurecerse y caer de plano, como una cobertera monstruosa, sobre las Termas.

Los olmos, oprimidos, mecanizados, van a estallar en brotes eléctricos. Los pájaros sienten en las ramas un estremecimiento que ya no es la dulce palpitación de la savia, y huyen, desbandados, a cobijarse en otros árboles

vivos. Antes de refugiarme en el hotel, me detengo a mirar al empleado que se obstina en regar las avenidas del parque hasta el minuto preciso de ser relevado por las nubes.

El campo se hace pequeñito, sofoca su aliento, deja correr por su lomo erizado, eléctrico, al ceñudo fantasma. Una lejana murga pseudowagneriana desciende a la llanura. Gran preludio de timbales. Dos, cuatro, diez gotas de agua caen sobre mi frente, sobre mis manos. Otras se funden en la arena.

Y Paulita — otro pájaro — viene de un huerto, llega brincando alegremente.

— ¡ Que llueve, que llueve !

CASERÍO

Apoya su dorso en la montaña una quebrada fila de toscas aldeanas, desnudos los pechos cenicientos, ocres, rosados; vestidas hasta el vientre con refajos de cal limpia, blanca o azulenca; hundidos los pies en las ondas turbias del camino; fosca la frente por neblinas de polvo que sólo rasga la ducha alegre y fresca de la lluvia.

FESTÍN

Un cadáver de manzana, que aún conserva un trozo de epidermis tersa, succulenta, es el bodegoncillo de tres romerías de gusanos que van y vienen devorando la pulpa inerte. Algún mosquito desciende también a chupar un sorbo de zumo. Y, a veces, cuando más confiado es el júbilo, otro cadáver desciende del manzano y aplasta a un grupo entero de golosos. Huyen los demás pero retor-

nan pronto, pasado el minuto de pánico en que se palpan esperando verse correr la sangre arrancada por una esquirola de la bomba. Ellos no saben que la manzana caída fué un nuevo don — no bomba ni aerolito — otorgado por los dioses, a costa, como siempre, de cierta pequeña catástrofe. Toda fruta nutre o envenena, según el juego divino.

Y una ratita vivaz — el elefante de los gusanillos — asiste a la merienda. Acaso piensa desbaratarla como ese miura que suele asomarse en los cuadros domésticos. Pero, de pronto, "como herida por un cruel presentimiento" — ni más ni menos que en las novelas "psicológicas" —, la ratita se esconde precipitadamente en su agujero.

También la ratita ha visto su elefante: un gatazo gris que surge en el umbral, y, al ver limpio el huerto de importunos, guardián celoso del deber, se sube a lo alto de la tapia, a inspeccionar el camino. Cada barba es un lomo de pez larguirucho, lleno de escamas azules, verdosas, blancas, erizadas, hirientes. Pero el gato pasea desdeñoso por el lomo del pez, sin mirar al sol que acaricia infantilmente el falso joyero polícromo.

TÍTERES

En el cafetín, vocean unos mozuelos y se abaten en plena derrota los bigotes de un grupo de ancianos. Una mujer bonita, sola en una mesa, se ríe sin saber por qué. La envuelve un abrigo ceniciento franjeado de rojo. Al entreabrirlo, deja ver un montón de lentejuelas que hacen guiños a las bombillas. Es la amante del prestidigitador.

Porque hay en el cafetín, un prestidigitador. Antes de intrigar a la aldea con los cubiletes "sin trampa", macera los espíritus en un baño de fusas desordenadas. De un violín extrae cierta rudimentaria opereta; y, luego, de una

boina, muchas pavesas azules, verdes, violetas, granas y color de miel: pañolitos tan leves, que apenas pueden sostener el color. En la sombra serán impalpables.

Ella se desnuda del abrigo ceniciento, y entre los guiños de los mozos y de las lentejuelas — tenaces luciérnagas que la recorren las caderas y los senos y se le incrustan en el regazo — sube al tabladillo y comienza su "número".

Para sus cubileteos le hace falta un niño, y los niños no quieren subir a la tarima. Temen a los endemoniados tubos negros, a los pícaros sombreros donde se esconden pelotas, relojes, dos docenas de pañuelos y un pichón. Por fin, sube un niño, pero ya se advierte que no es un niño traído por el azar. Es el hijo del prestidigitador; es un conejillo de Indias que se deja arrebatarse dócilmente muchos duros, de la nariz, de las orejas, del pelo ensortijado y rubio. Todos los niños ríen, menos él. El conoce la trampa: tiene seis años y ha vivido mucho.

El niño repite monotonamente colmos y chistes — barro y necedad — aprendidos en la cartilla del hambre. Al fin inicia una procacidad que hace estallar la risa final del número "de fuerza". Los mozuelos aplauden y los viejos miden golosamente el grosor de las caderas de la "artista". El prestidigitador prepara su bandeja . . . Y todos se olvidan del niño del kimono salmón, que se sienta en su sillita mirando a todas partes como un perrillo cansado que, con saber tantas cosas, aún no sabe aburrirse.

Benjamín Jarnés

Del libro inédito « Paula y Paulita »)

N

*Para picotear sobre mi fría palma,
bajan aleteando las estrellas
y la Osa Mayor no será nunca blanca,
porque ha olvidado su pasión mimética.*

*Han puesto colgaduras encaladas,
para borrar los huecos de mis huellas,
mujeres negras que habitan mi casa.*

Sólo han brotado de mi barco velas.

*Mientras oteo curvos horizontes
en el balcón de escarcha tempranera,
veo llegar al humo desde Londres,
que amarillo nació en las chimeneas
y como ya, me llama a grandes voces
y pregunta con gesto anacoreta
por la senda que lleva al Polo Norte...*

*Yo me encojo de hombros
y le regalo un alfabeto Morse*

José M.^a Hinojosa

Del libro inédito «La Rosa de los Vientos»)

índice

Romances gitanos

Federico G. Lorca Pág. 5

"Hija de la espuma"

José Bergamín Pág. 13

Varios poemas

Jorge Guillén Pág. 16

CINCO

poema en prosa

Gerardo Diego Pág. 21

Narciso

Rafael Alberti Pág. 23

Víspera

Emilio Prados Pág. 27

Salón de estío

Benjamín Jarnés Pág. 30

N

José M.^a Hinojosa Pág. 34

Dibujos de Francisco G. Cossío y José M. Uzelai

Portada de Manuel Angeles Ortiz

Para el estudio de la literatura
Pedro C. Larrañaga, en colaboración con
y la Osa Mayor en sus poemas
porque la literatura es el arte de la vida

13 "Hija de la espuma"
José Bergamín

16 Varios poemas
Jorge

año 1 n.º 1

imprenta SUR

SAN LORENZO, 12.-MÁLAGA

17 Víspera
Emilio Prados

20 Salón de este
Benjamín Jarnés

24 Wozojanil M. érol
José M.º Hinojosa

Dirección de Emmanouel G. Geste y José M. Uscá
Portada de Emmanouel Geste

L i t o r a l

**diciembre, 1.926
número dos.**

**Bajo la dirección de
Emilio Prados y Ma-
nuel Altolaguirre.
Málaga, imprenta
Sur, San Lorenzo, 12**

Error en el primer número

Por trasposición involuntaria de las cuartillas del original, hemos sufrido en el número anterior el lamentable error que a continuación gustosamente rectificamos. El primer poema de D. Jorge Guillén debe terminar en:

*¡Primavera delgada entre los remos
de los barqueros!*

Hay que suprimir pues, los siguientes versos:

*¡Qué plenitud en el encanto enjuto!
¡Oh cuerpo femenino!*

*Ningún primor: ni voz ni flor. ¿Destino?
¡Oh presente absoluto!*

(Esta fe de erratas figuraba en el segundo número de "Litoral" que reproducimos).

El rol en el primer número

El rol en el primer número es un tema que ha sido tratado en la literatura de la crítica literaria. Este rol es un elemento fundamental en la construcción del texto literario, ya que permite al autor establecer una relación con el lector y con el mundo que lo rodea.

El rol en el primer número es un tema que ha sido tratado en la literatura de la crítica literaria. Este rol es un elemento fundamental en la construcción del texto literario, ya que permite al autor establecer una relación con el lector y con el mundo que lo rodea.

El rol en el primer número es un tema que ha sido tratado en la literatura de la crítica literaria. Este rol es un elemento fundamental en la construcción del texto literario, ya que permite al autor establecer una relación con el lector y con el mundo que lo rodea.

El rol en el primer número es un tema que ha sido tratado en la literatura de la crítica literaria. Este rol es un elemento fundamental en la construcción del texto literario, ya que permite al autor establecer una relación con el lector y con el mundo que lo rodea.

El rol en el primer número es un tema que ha sido tratado en la literatura de la crítica literaria. Este rol es un elemento fundamental en la construcción del texto literario, ya que permite al autor establecer una relación con el lector y con el mundo que lo rodea.

El rol en el primer número es un tema que ha sido tratado en la literatura de la crítica literaria. Este rol es un elemento fundamental en la construcción del texto literario, ya que permite al autor establecer una relación con el lector y con el mundo que lo rodea.

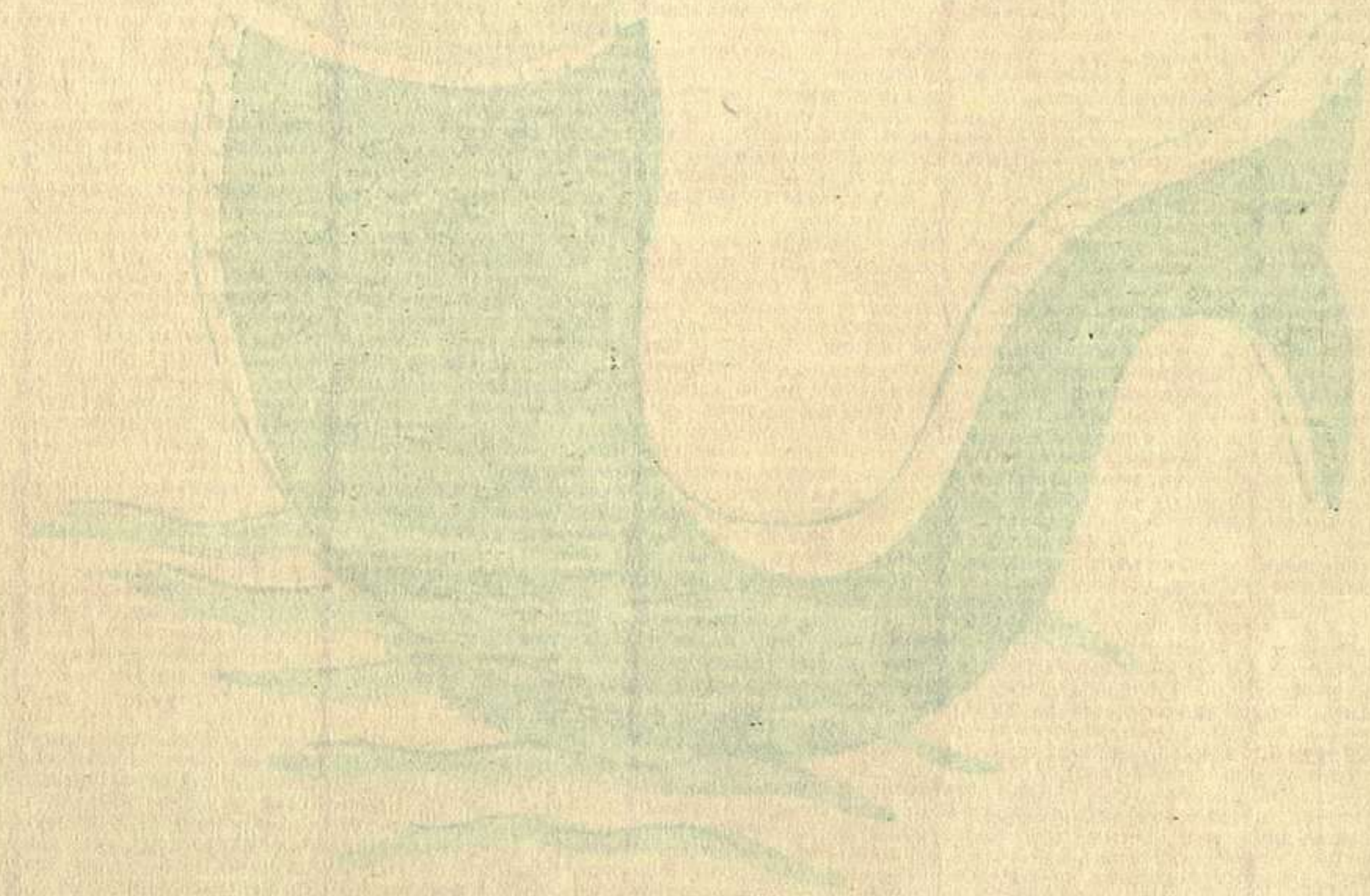


Benjamin Palencia

Madrid 1926



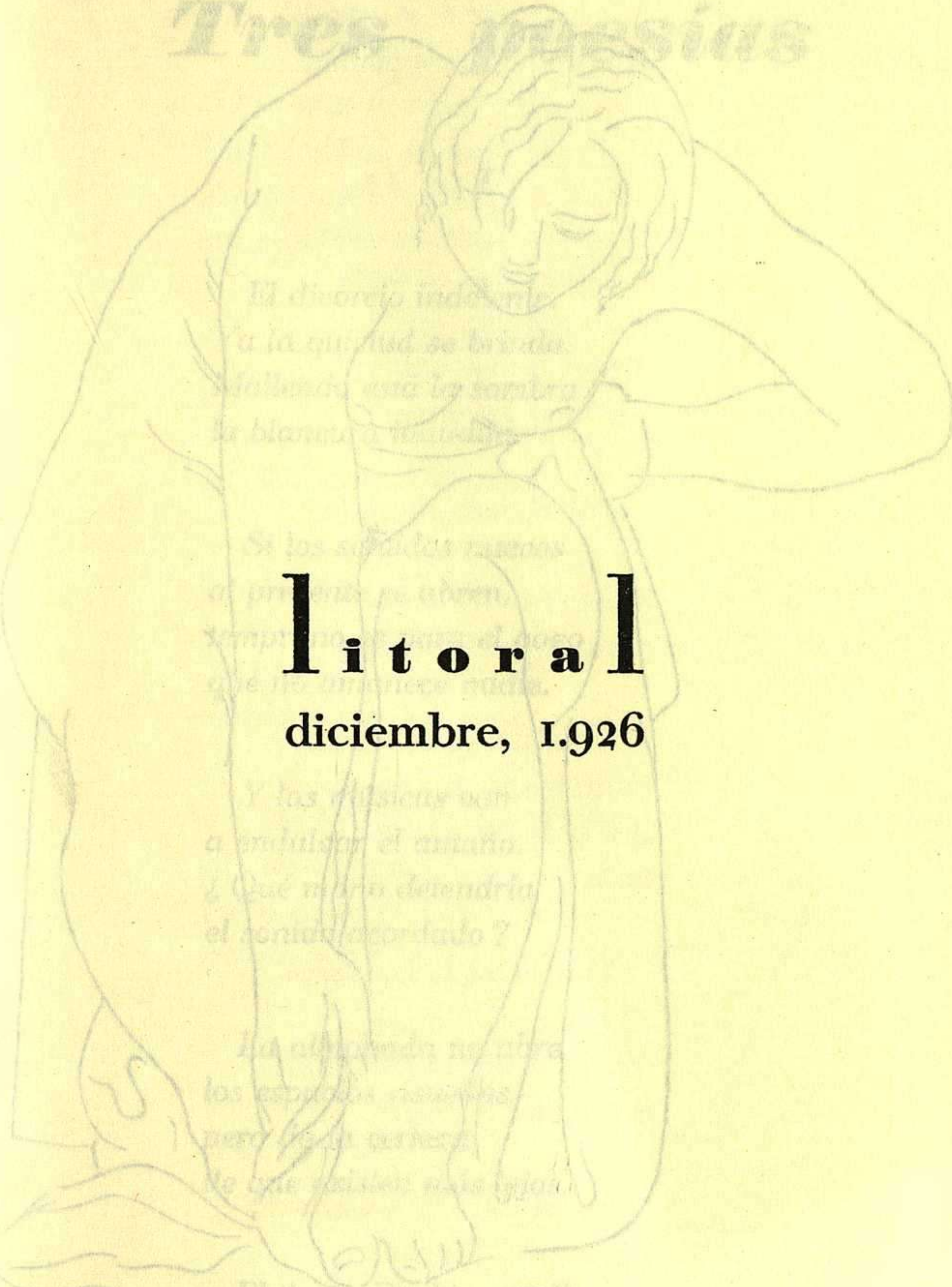
MINISTERIO DE CULTURA



Programa Nacional de Cultura

Madrid 1956

Tres Masías



L i t o r a l
diciembre, 1.926

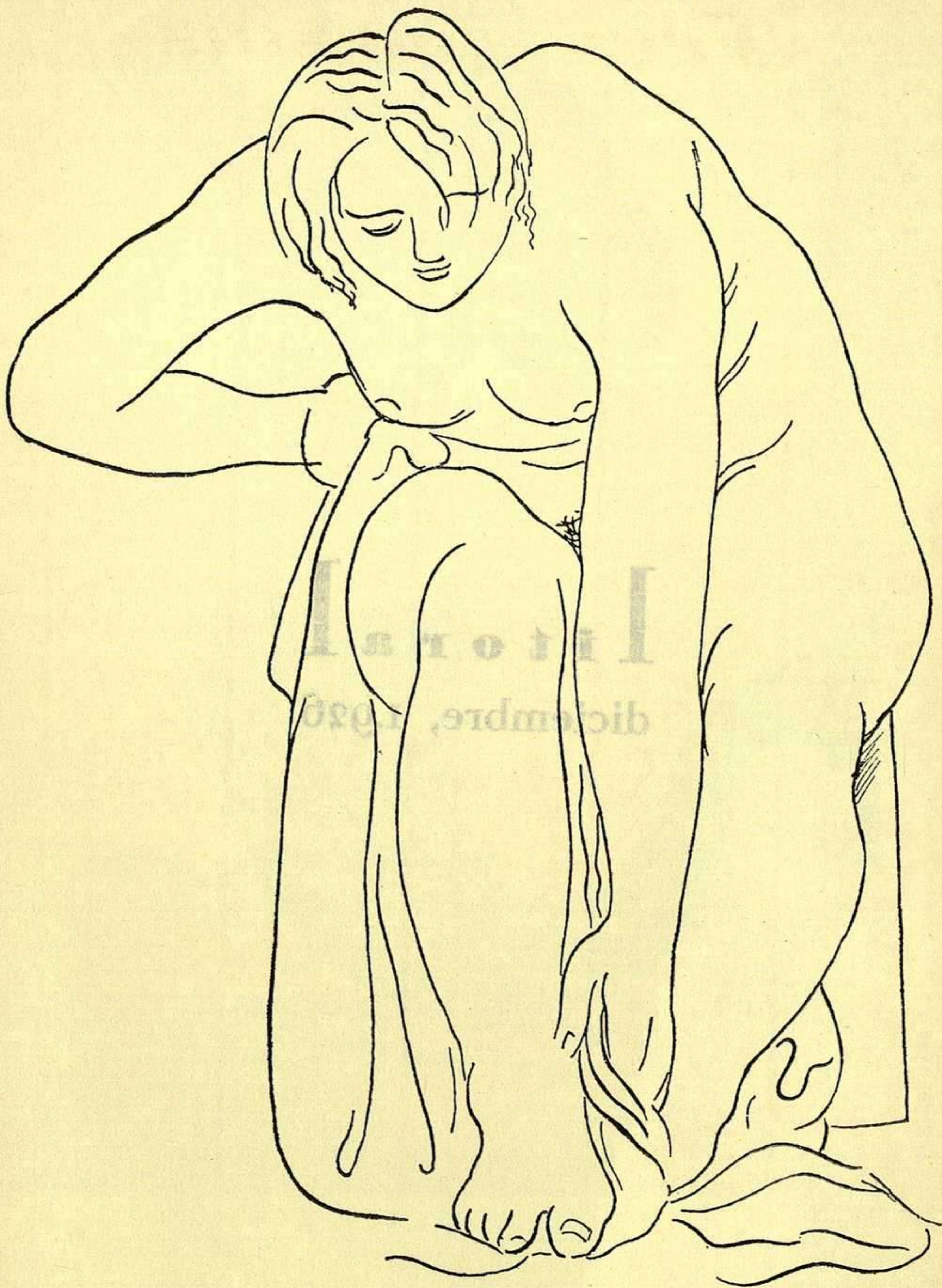
El divorcio indolente
a la quejida se brinda
hallando en la sombra
la blanca y amarilla

Si los sofocados muros
de prisiones se abren,
siempre el viento levanta
de este mundo un ruido

Y las divisiones van
a impulsar el amargo
¿Qué muro detendría
el sonido acordado?

La abstracción no abraza
los espacios vacíos
pero ¿qué ternura
de que existen más allá?

El tiempo en las estrellas
Desterrada la historia.



I t o r a I
dicembre, 1930

Tres poesías

I

*El divorcio indolente.
Ya la quietud se brinda.
Mullendo está la sombra
la blancura inaudita.*

*Si los sentidos nuevos
al presente se abren,
temprano es para el gozo
que no amanece nadie.*

*Y las músicas van
a endulzar el antaño.
¿Qué mano detendría
el sonido acordado?*

*La almohada no abre
los espacios risueños,
pero da la certeza
de que existen más lejos.*

*El tiempo en las estrellas.
Desterrada la historia.*

*Los sentidos se duermen
aguardando sus bodas.*

II

*¡ Esa brisa reciente
en el espacio esbelta !
En las hojas, abriendo,
sólo una primavera.*

*Por el raso absoluto
del cielo sin divisa,
pájaros en la mano:
primeras golondrinas.*

*Un árbol quieto asume
la distancia tan breve.
Así el fervor alerta
la indolencia presente.*

*Verdes están las hojas.
El crepúsculo huye.
Ya las sombras alcanzan
las fugitivas luces.*

*En su paz, la ventana
restituye a diario
las estrellas, el aire
y el que estaba soñando.*

III

*Los muros, nada más.
Yace la vida, inerte,
sin vida, sin ruido,
sin palabras crueles.*

*La luz, lívida, escapa,
y el cristal ya se afirma
contra la noche incierta
de arrebatadas lluvias.*

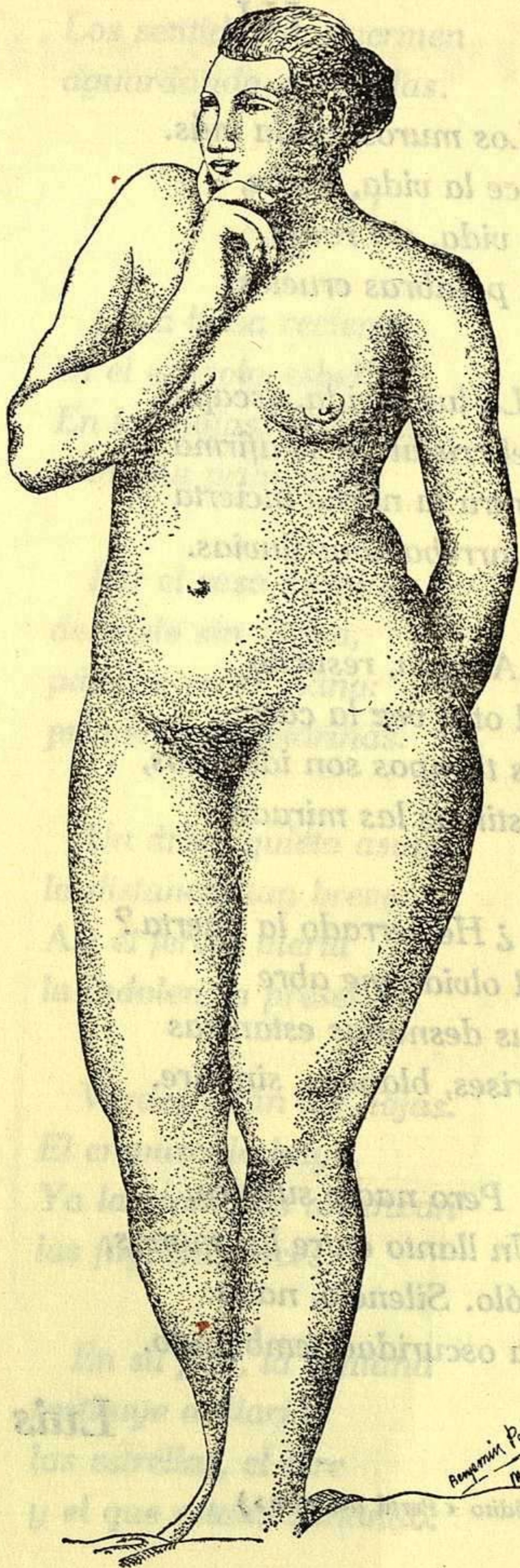
*Alzada, resucita
tal otra vez la casa:
los tiempos son idénticos,
distintas las miradas.*

*¿He cerrado la puerta?
El olvido me abre
sus desnudas estancias
grises, blancas, sin aire.*

*Pero nadie suspira.
Un llanto entre las manos,
sólo. Silencio, nada:
la oscuridad temblando.*

Luis Cernuda

(Del libro inédito «Perfil del aire»)



Benjamin Palencia
Madrid, 1926

Cerruda

Anadyomenas

LIDO

Arde el aire en el cielo; se baña el mar. Donde quiera que toca la mirada estalla una burbuja de jubilosa claridad. Surgen esas «innumerables sonrisas de las ondas» del poeta griego; aquí y allá, clama un destello fugaz. Focos de sol derraman un chorro estrepitoso de sal. Gime el acordeón de las olas. Con su traje cuajado de lentejuelas verdes, el sol sale a la pista. Trae un gorro de blanca luz triangular, y, a rítmicos tirones, va arrancándole al mar—uno a uno— todos los cabrilleos de su cascabelero xilofón de cristal.

Pegado a la ventana hay un *cœur qui s'écœure* de tanta literatura. Hace una bola de papel con ella, y, hartado, la tira al mar; pero en el aire rebota como contra una vidriera. El aire no la quiere, la vuelve; avergonzada rueda bajo un sofá.

Apartando las ramas de sus rizos una mujer asoma por la cornisa misma del litoral; trae brazos de gozo, muy prietos contra el pecho, y, entre los dientes, una estrella del cielo que se cayó en el mar.

DESVELO

Despabilado, da vueltas y más vueltas sin restañar un punto la fatiga. Querencia de lugares más frescos. La cabeza le zumba como si un negro moscardón se le hubiera colado dentro del cerebro. Topa

una y otra vez contra las paredes del cráneo, sin acertar con la precisa embocadura del sueño; a cada vuelta nueva, se enrolla más y más en su propio desvelo. Se le desliza el enemigo. Nunca derribará las espaldas rebeldes del insomnio contra la tabla del lecho.

Llega, con una intermitencia abrumadora, el trueno largo y tendido de unas bolas de billar. En el piso inmediato del «albergo» arrastra sus cadenas un fiero cazador de carambolas; persiguiendo la carambola final, da vueltas y más vueltas en torno a la albufera de paño verde. De pronto se detiene; apunta y ¡zás! dispara, con una densa bocanada de su puero, que corona la doble detonación. Pero se dispersa la pólvora, y el estampido le desbanda toda la caza, sin remisión. Hay que repetir la tirada; el codo le jadea con un ahinco de violinista. Desgarrándose una y otra vez, rueda, aquí abajo, el mar. Sin encontrar sosiego, sin poder desprenderse de todas las verdes algas que le traban y le enredan la lengua para clamar su libertad. Rueda obsecado, con la obsesión de un hombre enfurecido. Palmeras desgajadas y medio sumergidas pegan desesperadamente, en la ventana. Da vueltas en el cieno, enroscado en tenaz desvelo. Tiene los ojos, ya, desorbitados; los párpados y los pies fríos. De pronto, atisba un fogonazo en el rescaldo de sus propios ojos estregados y vencidos. Si Mackbeth mató al sueño, yo mataré el desvelo, piensa. Alarga un brazo, lo repliega luego, se descerraja un tiro, y deja escrito—«Que me llamen a la hora del entierro»—sobre un trozo de mármol trasnochado, atónito, aterido.

LAUD

*Le cuisinier plume les oies—Ah! Tombe neige—
tombe et que n'ai-je—Ma bienaimée entre mes bras...*
Apollinaire no fué más que un Verlaine de la generación cubista. Lo veo claramente, al través de un nítido cristal de Venecia, ahora que estoy sumido en un escaparate de encajes todo blanco y nevado. Se ha quedado encendido, por milagro, bajo los soportales de una cerrada noche verdinegra. Inesperada perspectiva que, a deshora, abre, con el relente a la espalda, una ventana extasiada sobre otra tierra y otra noche, sobre otra época y otra edad. Despertar de convaleciente niño. Carnaval de alas blancas. Lino sentimental. Alba, nieve, amable claridad. Compresas con que enjugar mi fiebre.

Un dragón se escabulle por entre los pies hasta zambullirse de cabeza en la negrura turbia del canal. Coletea en el agua. Zozobra. Mi góndola Stradivarius se echa mano al corazón. Poco a poco va calmando las crispaciones de su ataúd alborotado. Se percibe una voz escondida por alguna parte. Algibe de madera; agua negra: laud. Antes de aventurarme por ella, rapto con la mirada una randa de malla blanca, toda hecha para pescar sirenas emboscados en el bisel de la rosa fugaz alba.

Antonio Marichalar

Seguidillas de la noche de San Juan

Lope de Vega

con una chiara allegrezza
ma calmo e pesante

Gustavo Duran

Salanda de em-cia

senza pedale sempre

The first system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, starting with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The middle and bottom staves are for piano accompaniment, with the middle staff in treble clef and the bottom staff in bass clef. The piano part features a steady, rhythmic accompaniment of chords. The lyrics 'Salanda de em-cia' are written above the piano part, and 'senza pedale sempre' is written below it.

no-che de San Juan mil co-ches de da-mas al fres-co del mar.

The second system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, continuing the melody from the first system. The middle and bottom staves are for piano accompaniment. The lyrics 'no-che de San Juan mil co-ches de da-mas al fres-co del mar.' are written above the piano part.

Co-mo re-tumba los re-nos, ma dre, en el a-qua, con el farco oien-to de la na-ña-na!

The third system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, continuing the melody. The middle and bottom staves are for piano accompaniment. The lyrics 'Co-mo re-tumba los re-nos, ma dre, en el a-qua, con el farco oien-to de la na-ña-na!' are written above the piano part.

Des-pen-tá-dese-no-ta-ni-a, des-per-tad,

por-que-ve-rod-al-ba del se-ñor San Juan

playa de las conteras
 Isla de gran Canaria
 Octubre MCMXXVI



Poemas de asedio

(ALMA)

SE levantó sin despertarme.
Andaba lenta, aplastándose tanto,
hasta pasar bajo imposibles
sitios huecos
o estirándose fina como un ala,
atravesando puertas entreabiertas.
No tenía vista,
pero salvaba los obstáculos
con previsor maestría.
Ni tacto,
pero evitaba las esquinas
sin recibir un golpe.
Ni oído,
pero cuando el portazo aquél,
sobresaltada,
corriendo vino a mí,
en mí escondiéndose,
y despertando en mí
su cuerpo.

(MEMORIA)

LA que fué en el espejo, diminuta
irregular esfera,
ahora al cerrar los ojos:
¡Qué nocturna llanura inmensa guarda!

En ella colocadas,
superpuestas, con falsas dimensiones,
todas las cosas vistas.

¡ Qué de colores tiene
el rincón donde guardo
el último paisaje !

¡ Y qué duro trabajo
remover los escombros
remejorando fechas !

¡ Qué confusión de vuelos y de cantos
en altos cielos íntimos !

Los pájaros ideas,
buscando los resquicios
para salir al mundo,
que como diminuta
irregular esfera,
en el espejo oscuro de la noche
muestra su rostro.

¡ Qué de prisa,
en unas cuantas horas,
lo andado repetí
volviendo a la niñez
de espaldas,
achicándome tanto
al alejarme,
destruyendo lo último
y haciendo renacer
lo destruído en otras épocas !

Volví a vivir
tan sólo por minutos
todos mis días pasados,
vestí trajes más chicos
y limpié mi memoria

hasta dejarla blanca,
trasladando sus signos
al oráculo.

...Y saltos, juegos, cantos,
con amigos de escuela:

...Mis primeras palabras
y mis primeros pasos.

...Y llegué a mis principios
después de haber pasado
vertiginosamente
por veinte años de vida.

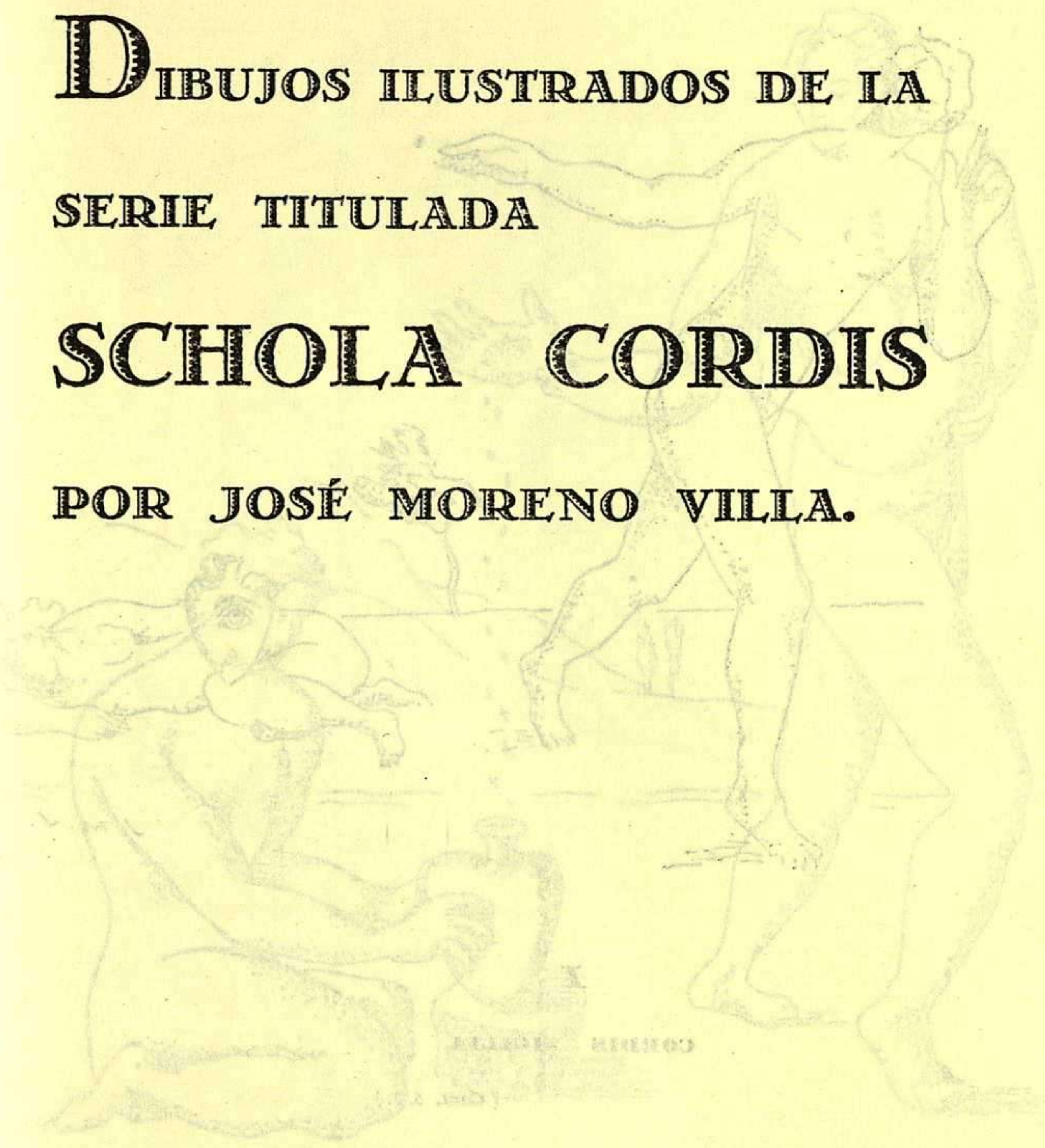
Manuel Altolaguirre

DIBUJOS ILUSTRADOS DE LA

SERIE TITULADA

SCHOLA CORDIS

POR JOSÉ MORENO VILLA.



II
Mira en la noche de arriba
que la noche tiene cosas
tan de oro como el día
... de Bagdad ...
Lo que me importa es el número
y, antes, la calidad.

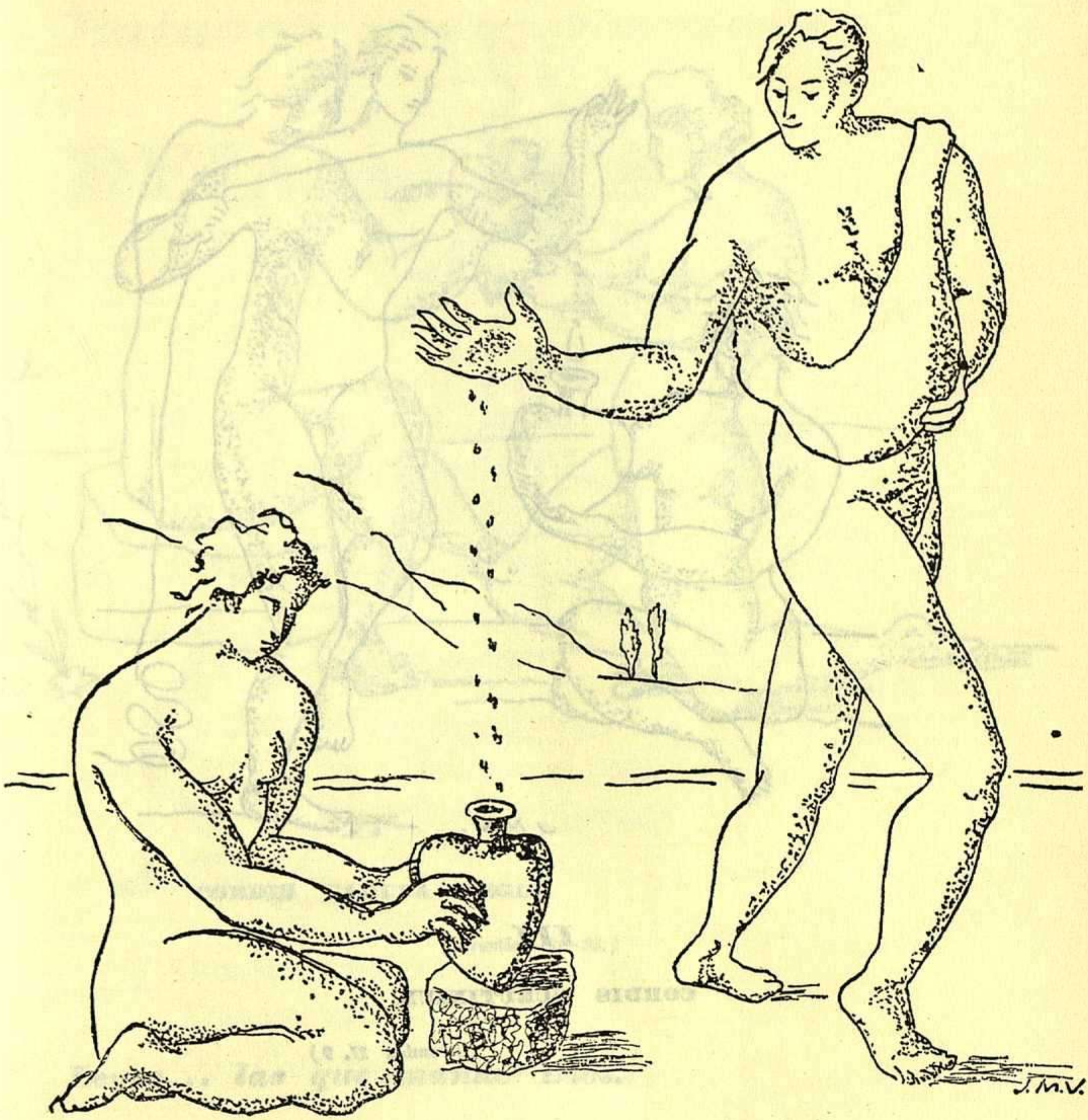


I

CORDIS VIGILIA

(Cant. 5.2.)

*Mira en la noche dormida,
que la noche tiene cosas
tan de oro como el día.*

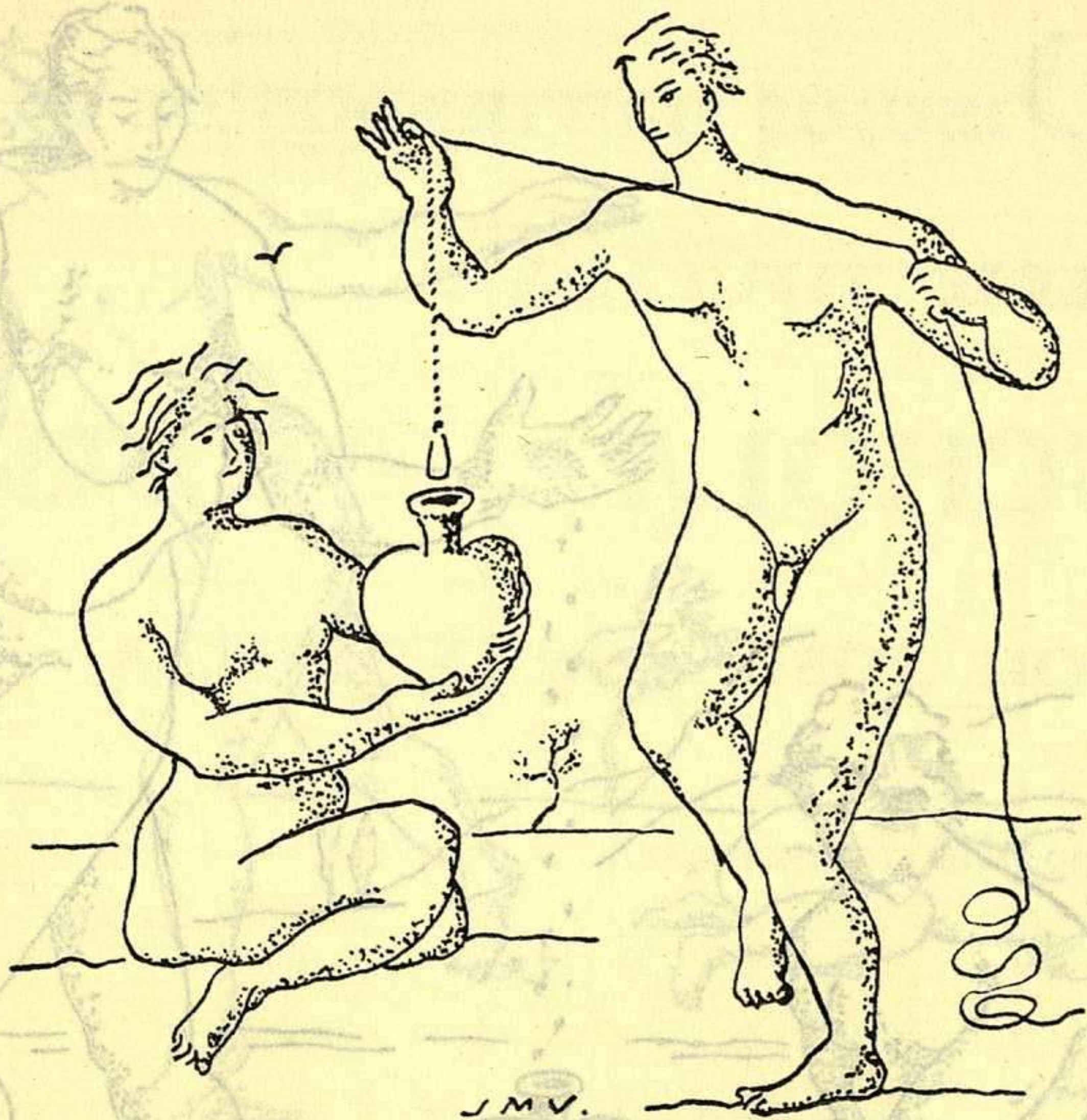


II

SEMINATIO IN COR

(S. Mateo 13. 19.)

***Simiente de Grazalema
o simiente de Bagdad...
Lo que me importa es el número
y, antes, la calidad.***

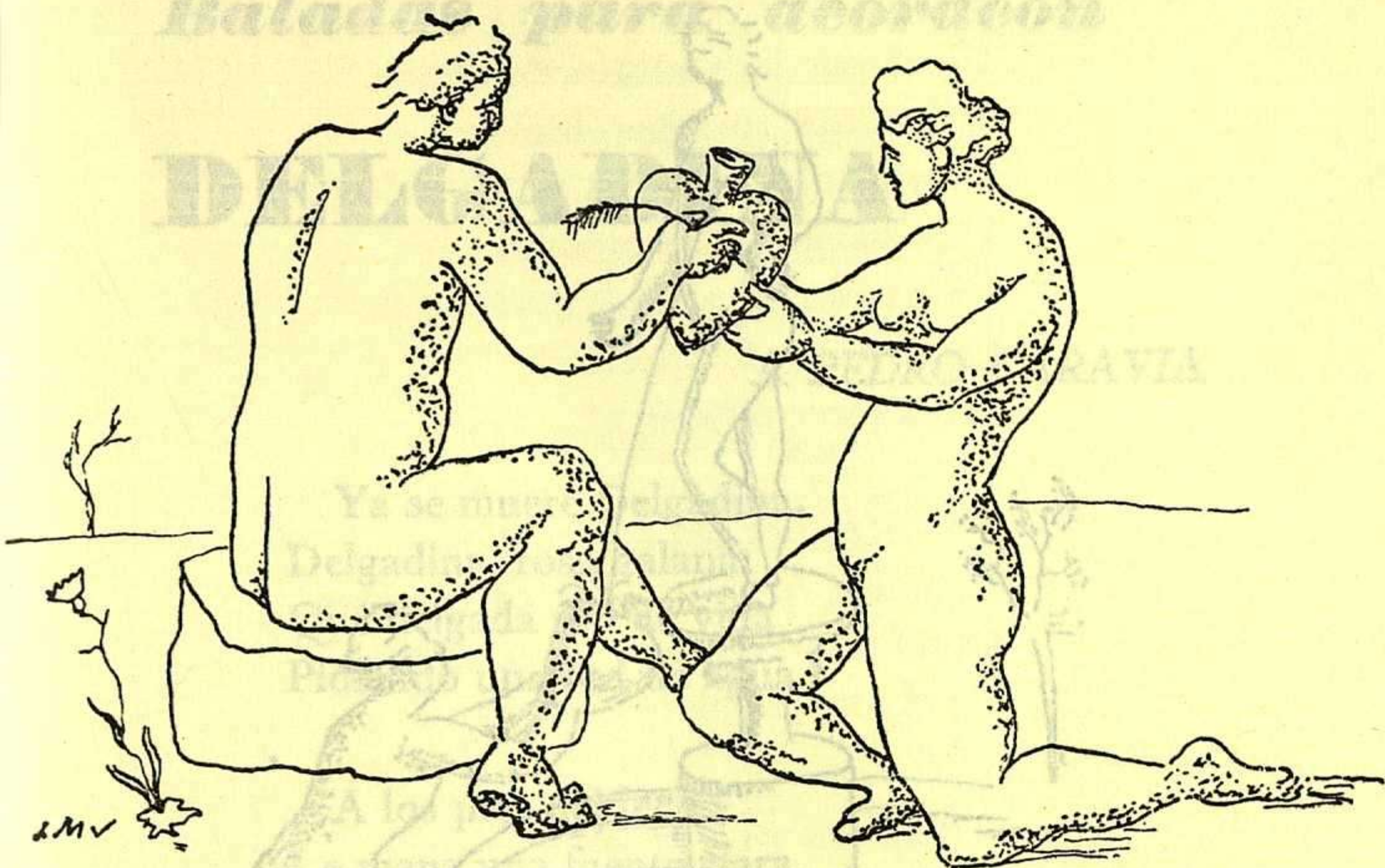


III

CORDIS SCRUTINIUM

(Jeremías 17. 9)

**Sondea tu corazón:
compra una sogueta larga
y ponle peso mayor.**



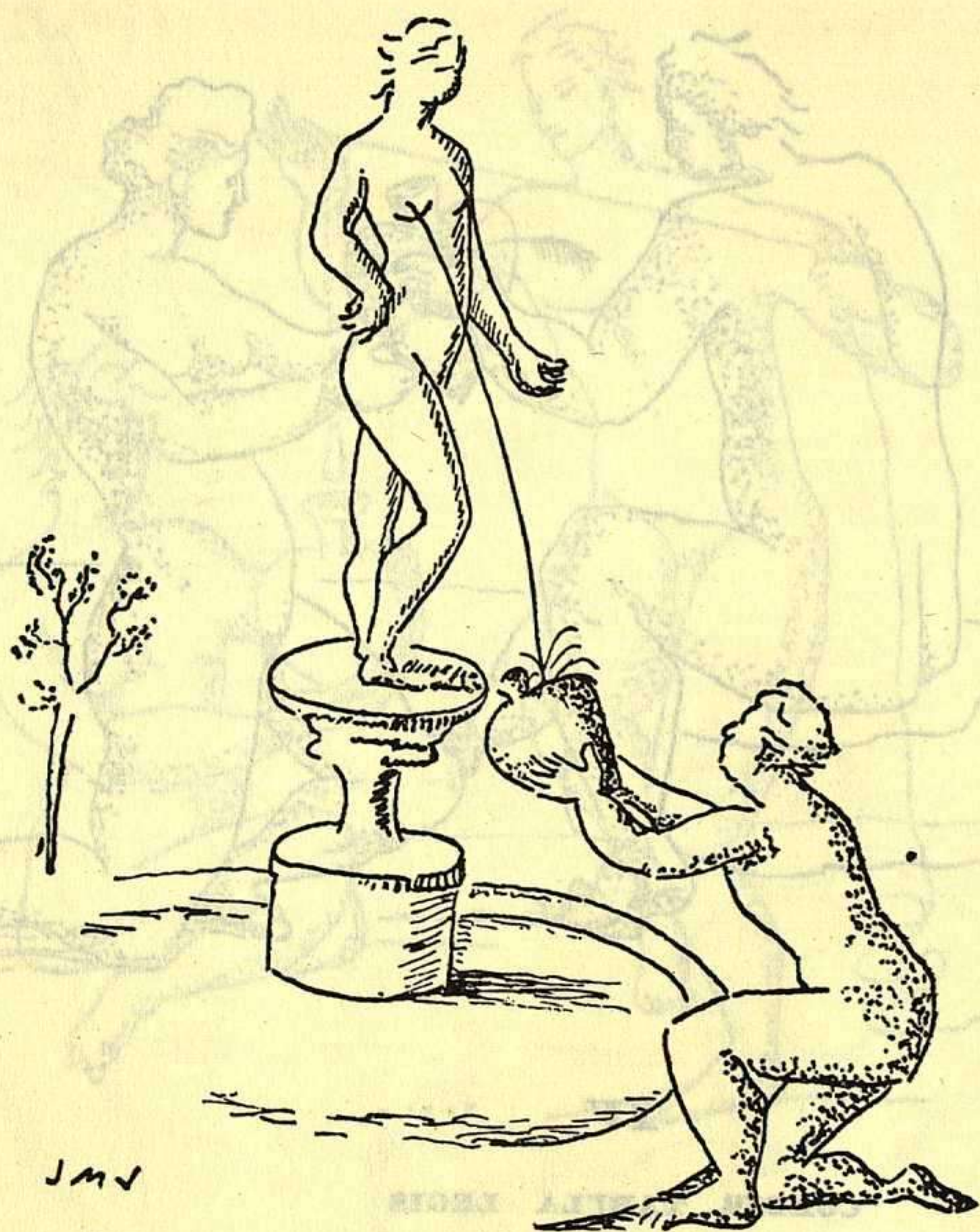
IV

CORDIS TABULA LEGIS

(Jeremías. 31. 33.)

Leyes... las que mande Dios.

**Pero leyes que se puedan
grabar en el corazón.**



V

CORDIS MUNDATIO

(Jeremias 4. 14)

***Por la noche o con el alba
pónlo al correr de la fuente:
limpio lo quieren mis ojos,
tonificado y alegre.***

Baladas para acordeón

DELGADINA

A PEDRO CARAVIA

Ya se muere Delgadina.
Delgadina, rosa galana:
Qué delgada sed de vida.
Pidiendo una sed de agua !

A los pies del lecho
Le mana una fuente clara.
Otra fuente — doble — el pecho,
Ay, qué dos colmenas blancas !

Señora Santa María,
Con las mangas remangadas,
Trae un vaso de agua fría:
Qué claro diamante de agua !

A los pies del lecho,
La fuente manando plata.
El pecho, en mellizos hilos,
Dando miel de las entrañas.
Amortaja el frío cuerpo
El cristal de la mañana.

Retiñe en el cristal duro
Un álerla de hombres de armas.
Delgadina, transparente
De virginidad helada.
Qué pábilo, consumido
De pasión, el alma !
Qué llanto sin vocerío,
En la torre más alta !

(Llega por los corredores
El padre, hecho un rey de espadas.
Quiebra un relumbrón de hierros
En el umbral de la estancia.)

Tapices y cortinones,
Ojeras de enamorada.
Están mancebos desnudos
Ante las puertas cerradas.
Tienen el sol en la mano,
En jarras el otro brazo:
Sotas de oro de baraja.
—Jinetes campeadores
Giran bajo las ventanas.
Uno, la luna en la mano.
Otro, con un vaso de agua.
Aquél, espadón tajante.
Voltea el otro una maza.

Delgadina, Delgadina !
Ya es el rey padre en la estancia.

Al pie del lecho, la fuente
Reza un rosario de plata.

Las fuentecillas del pecho
Llanto de sangre manaban.

En sus brazos, Delgadina,
La señora te brizaba.

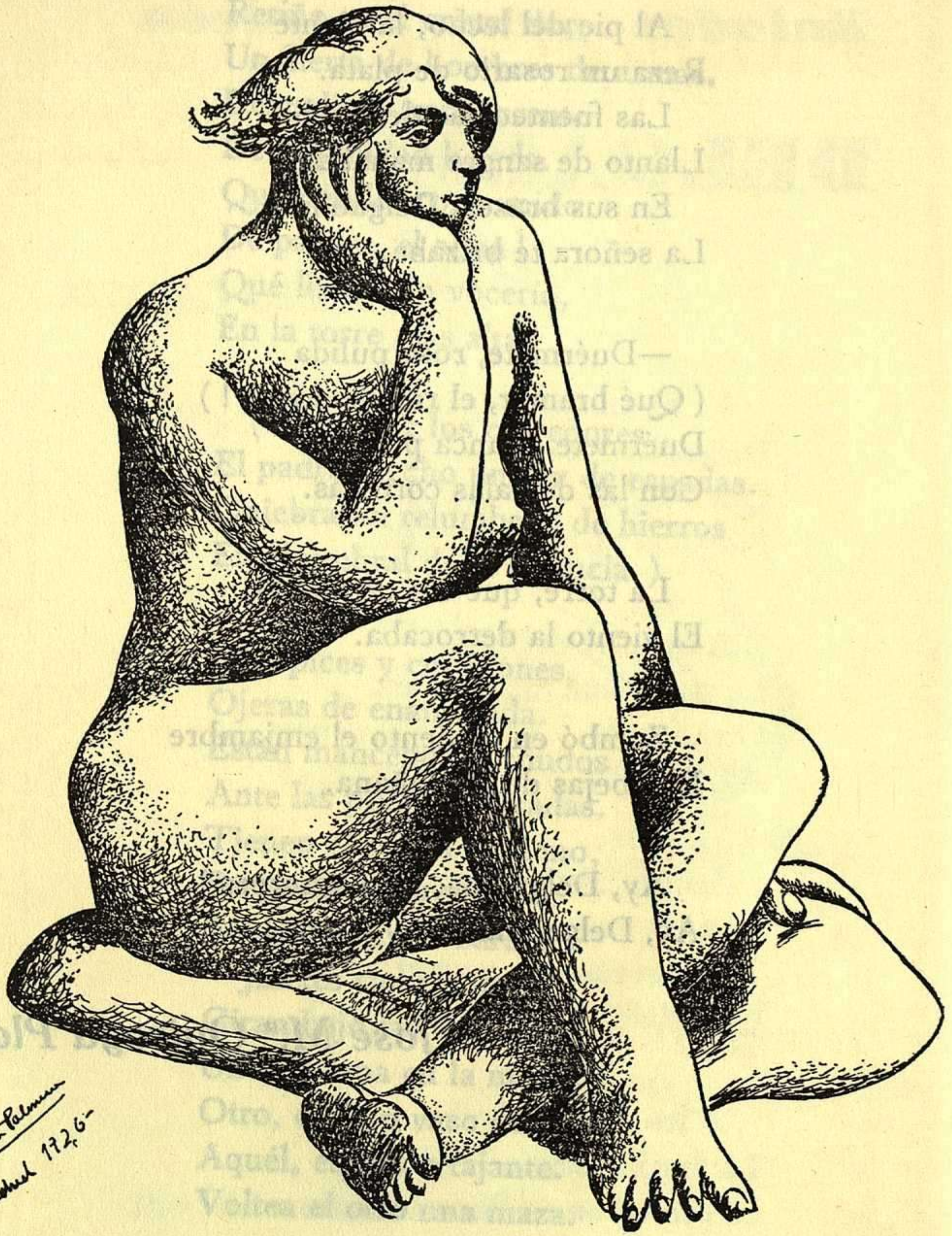
—Duérmete, rosa pulida
(Qué bramar, el rey de armas !)
Duérmete, blanca paloma
Con las dos alas cortadas.

La torre, que era de naipes,
El viento la derrocaba.

Zumbó en el viento el emjambre
De abejas de la mañana.

Ay, Delgadina, rosa amorosa !
Ay, Delgadina, rosa galana !

José M.^a Quiroga Plá



Benjamin Palmen
Machuel 1926

Palpitaciones cinelandesas

La gran Cinelandia sigue su vida de Domingo y en todos los selenitas precipitados en la tierra se produce la nostalgia de la luna.

Como para embriagarse todos de alguna manera habían inaugurado el Club de los Optimistas y para solemnizarlo bañaron en champagne a la morena Lilianz Doris que por causa del baño se volvió completamente rubia.



La resaca y atracción de Cinelandia influyè tanto en el mundo sin que se aclare esa influencia debida a tan lejana costa, que los historiadores no sabrán nunca que el que acabase la terrible campaña mora del año de la derrota de los Leones, se debió más que nada a que fueron contratados tres mil guerreros musulmanes para la filmación de la película "Los hijos de Mahoma".



El régimen de Lilit Anals es el más severo de los regímenes y el tostador eléctrico castiga su pan todos los días.

El secreto de este cuidado excesivo es que el contrato con el Presidente estipula que sólo debe pesar cincuenta y cinco kilos y que si pesa un adarme más, queda roto en el acto.

Junto a la pianola y el aparato de radio un peso de farmacia, la espera a todas horas como el reloj regulador de su vida, que la impone las grandes dietas después de oír a la máquina la confesión de los cincuenta y cinco kilos y novecientos gramos.



Se necesitó una tempestad verdadera, vistosa, teatral, pero sin desmentir su verdad natural.

Se crearon nubes artificiales como se crean los cámbanos del consumo industrial.

Como cometas se lanzaron aquellas nubes por los cuatro puntos del horizonte, creadas con el lanzamiento de grandes columnas de vapor a las que salía al encuentro el enfoque de altas corrientes frías.

La tempestad, potente y desencadenada fué tan fuerte que mató de un rayo a un comparsa y hubo que pagar una gran indemnización a los agricultores de dos leguas a la redonda.

También hubo que mandar comprar mil paraguas a la ciudad pues el director se creyó obligado a regalar un paraguas a cada uno de los que fueron sorprendidos por la tempestad artificial.

El director decía siempre: «Yo soy un ingeniero de las minas del cine, no un literato».

Con sus botas de montar, en las que lo que más le encantaba era la dorsal de su respunte trasero y con su megáfono en la mano era como el ingeniero de minas que dirige la mina cinematográfica.

Siempre provisto de lentes ahumados, se taponaba los oídos para ser sordo, pues para ver más plásticamente a los personajes de la película no quería oír sus conversaciones y menos que nada su inútil respiración.

Se remanga la camisa como para tener más a flor de piel toda su sensibilidad y sobre su alto escabel grita como capitán de barco a través de su megáfono. Luego sus salidas son de capitán de submarino que amenaza con hundir la escena si no lo hacen mejor.

En su reloj de pulsera mira como el fotógrafo que se asoma al punto de mira del Kodak, al enfoque que va teniendo en el tiempo la película y de pronto grita:

—¡Basta... Ya!

La lástima es que hubiese muerto Alex Norton cuando no había acabado de filmarse "Los perros del cielo", la película que había costado un millón de dólares.

Había que buscar quien continuase aquella película siendo muy parecido a Estenlen. Esa fué la suerte de un joven desconocido que cambió de personalidad desde aquél momento.

Ante el mundo por eso no habrá muerto Alex Norton hasta que muera este sustituto que se le ha encontrado.

Entre las últimas cosas experimentadas en el cinematógrafo de ensayo ha estado una película inventada por el ensayista Walsen en que unido el objetivo cinematográfico con los rayos X ha conseguido—poniéndoles a media mecha—que al filmar una calle de Berlin todos los ciudadanos y ciudadanas aparezcan desnudos, desapareciendo sólo las telas que les cubren, gracias a esa actuación de los rayos X empleados a media luz y potencia.

Sería tal escándalo proyectar a esa humanidad desnuda, que esa película solo ha sido proyectada en la mayor reserva.

En el Gran Club de Cinelandia, se hace un gasto atroz de latas de jaz-band condensado. El jaz-band en conserva es una invención novísima y una lata mezclada a un espacio de cincuenta metros cúbicos y tres horas seguidas, produce el bastante estruendo para alegrar la fiesta. Lo hay con azúcar si tiene alguna melodía suelta y sin azúcar cuando es natural.

El último pleito que ha producido sensación en Cinelandia, por ser Lady Blanc la pleiteante, es el que sostiene los derechos de la célebre actriz a que su novela cinematográfica se exhiba por el mundo.

Un millonario norteamericano compró la exclusiva de la película "El jardín fatal", de que es protagonista Lady Blanc y no ha permitido que nadie vea la prueba de la inmensa obra de arte. Sólo él con un egoísmo sibarita de la peor especie proyecta para sí la película inédita, la película en que Lady Blanc puso toda su alma y se superó pensando en el Arte.



El director Wolsen ha declarado que el buen éxito de la película depende de los perfumes que se empleen en ella.

«Descubrí esta verdad—han sido sus palabras—cuando al ver la prueba de una película titulada "El alma de la pantera", noté en ella un desabrimiento especial y una especie de languidez facial en todos los actores. Lo más parecido a la "veladura" fotográfica era aquello, que sólo significaba que la primera actriz había gastado durante toda la confección de la película, un perfume rancio, arre- drador, desengañante como él solo... Desde entonces vi- gilo mucho los perfumes y en la película "Neroniana", el éxito de expresión se debe a que mientras se impresiona- ba la película, olía atrozmente a carne quemada, pues había mandado echar un verdadero cabrito en el ara en- cendida.»

Ramón Gómez de la Serna

índice

Tres poesías

Luis Cernuda Pág. 5

Anadyomenas

Antonio Marichalar Pág. 9

Seguidillas de la noche

de San Juan

Gustavo Durán Pág. 12

Poemas de asedio

Manuel Altolaquirre Pág. 14

DIBUJOS ILUSTRADOS DE LA SERIE TITULADA

SCHOLA CORDIS

POR JOSÉ MORENO VILLA

Pág. 17

Baladas para acordeón

DELGADINA

José M.^a Quiroga Plá Pág. 23

Papitaciones

cinelandesas

Ramón Gómez de la Serna Pág. 27

Portada y dibujos de Benjamín Palencia

Indice
Luis Carruba - Tres mujeres
Pág. 1

Andaluzismos
Seguillas de la noche
de San José

año I n.º 2

imprensa SUR

SAN LORENZO. 12. - MÁLAGA

SCHOLA CORDIS
POR JOSÉ MORENO VILLA
Pág. 17

DELEGADINA
José M.ª Quiroga Pld
Pág. 23

Papitaciones
cinclandenas
Ramón Gómez de la Sierra
Pág. 27

Fortales y dibujos de Benjamín Palencia

L i t o r a l

**marzo, 1.927. nú-
mero tres.**

**Bajo la dirección de
Emilio Prados y Ma-
nuel Altolaguirre.
Málaga, imprenta
Sur, San Lorenzo, 12**

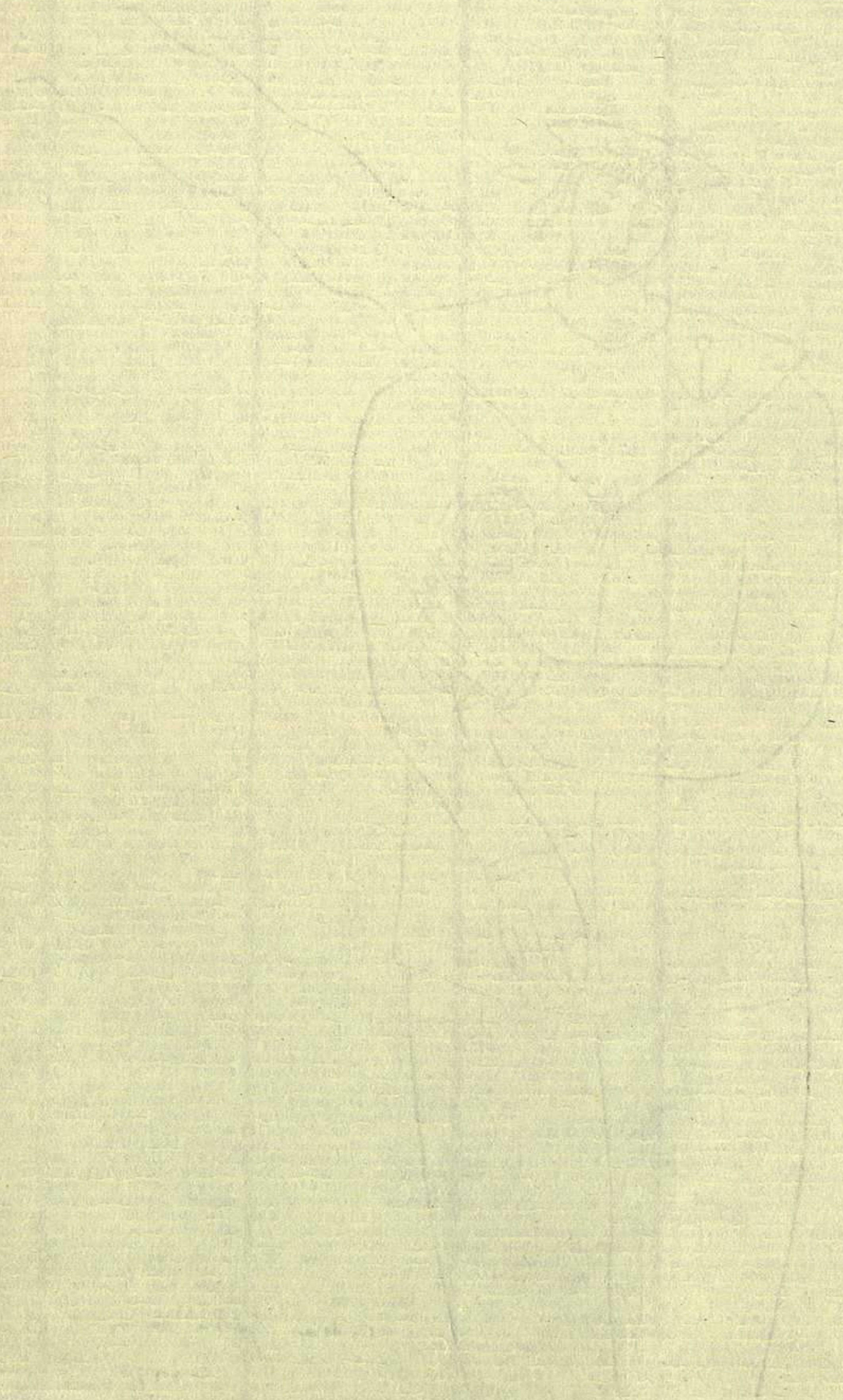
LITORAL



Eduardo Garcia Guca

1925

LIBRO



Tormenta

PACCA

Pausa, espantosa
de pálpbras
tromba dormida
pompa de

onde irru
dient
de la
que

L i t o r a l

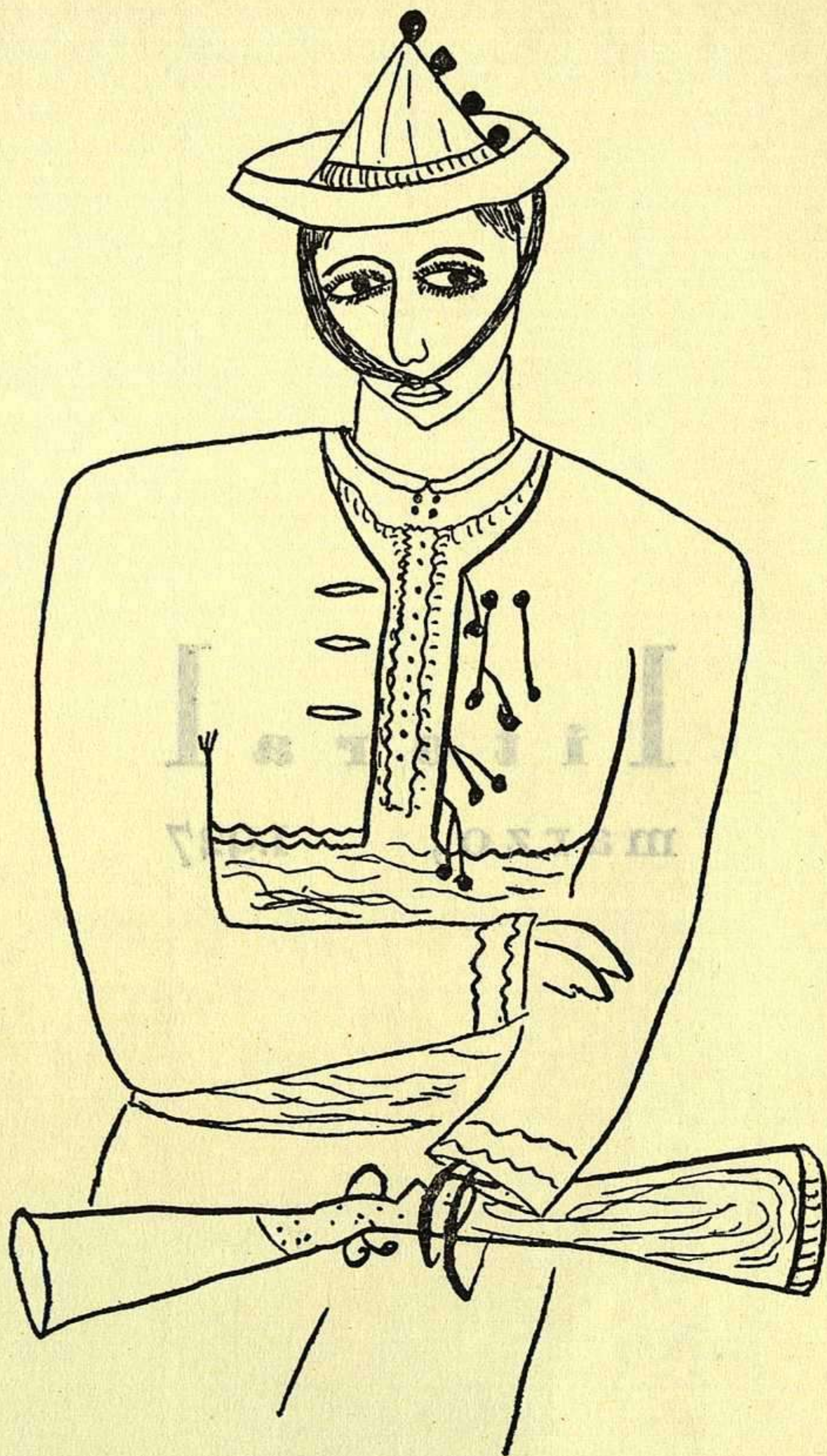
marzo, 1.927

y el
—do
—i
—silencio

EL INDIFFERENTE

Batientes en sus
de tierra
en tanto
los ojos dan

a esquilas



Tormenta

PAUSA

Pausa, espantosa pausa
de pálpabras de plomo,
tromba dormida al aire,
pompa de paños, polvo,

donde irrumpen frenéticas
cienmil cristalerías
de fábricas de viento,
que el huracán derriba,

y un martillo de sangre
—clo!—que estrangula a pausas
—¡ morir!—las simas súbitas
—silencio—de la ráfaga.

EL INDIFERENTE

Batientes en sus goznes
de tierra aún, los sueños,
en tanto desamparo,
los ojos dan, abiertos,
a esquilas amorosas,

resabios de ganado,
que aun tiemblan, si es que gime
al cobijo del álamo:

del álamo implacable,
pastor sutil del viento,
a esquilas de estos sotos
—¡ belleza suya !—ciego.

PROFUNDIDAD

Cavernas que a la rosa
se asoman de los vientos,
si las persigna el rayo,
¿ augurio de bostezo,

profundidad? No: dime,
tu centro inviolable,
¿ hacia qué aurora extática,
rosa sin viento, late?

Mas, callarás. E incógnito
—cavernas, bajo el rayo—
el corazón del mundo
late en la sombra, tácito.

BURLA

(A. J. B.)

Por las praderas hondas,
avizor y azoradas,
—¡ oh ciervas en huída !—
las ideas se escapan

con tan ligeros pies,
que si se abate el rayo,
raptor del alto cielo,
no encuentra más que campo:

paréntesis de cauce,
asomos de colina,
árbol agudo, huella
de pie veloz: sonrisa.

NOCHE

Son árboles sedientos,
cabelleras en súplica,
que van la loma arriba
tras la belleza última

y el huracán repela
por la ladera abajo
hasta los senos lóbregos
—¡ oh vida !—del barranco.

Son árboles que buscan
en soledad y viento
lo que tú buscas. Huye,
¡ oh caminante negro !

LA FUENTE

— Agua de roca en valle,
hay una voz que canta.
Lebreles de ventisca
tal vez a oirla párañ,

tal vez, la orilla trémula
de la canción rozando,
flamígeros, la abrasan,
o nos la niegan, ávidos.

Más, tú, canción, no cesas.
Muertos y en sed, igual
has de fluir, ¡ oh fuente,
belleza perennal !

Dámaso Alonso

Tres composiciones viendo el lugar

El perro de Nietzsche

(«Ya he encontrado un nombre a mi dolor — pensaba Nietzsche — le llamo: mi perro...» En el manicomio no dejan entrar perros.)

La Nochebuena de Dostoïewky

(Dostoïewky sale, desterrado, para Siberia. Es Nochebuena. Al pasar el trineo ante una ventana iluminada, Dostoïewky ve tras el cristal a toda la familia reunida alrededor del árbol de Noel.)

El purgatorio de Rimbaud

(Rimbaud en la agonía pide a su hermana que toque el arístón, y muere (miserablemente en un tugurio de Marsella) acompañado, en los últimos instantes, por su música.)

El perro de Nietzsche

La perrita rasca con sus patas la puerta y aúlla, gime. No puede entrar. Han cerrado muy bien por dentro, para que nadie salga; para que no se escape ninguno.

NO SE ADMITEN ANIMALES
DOLIENTES.

TRATAD CON DUREZA
A LOS ANIMALES QUE LLORAN.

La perrita no puede entrar. Está excluida, para la eternidad, del coro celeste de los reidores; y de los que sonríen, silenciosos, como los gatos, para dentro; de los que se tragan la risa y aguzan, fuera, los bigotes sutiles de su puntiagudo desdén.

Aquí tampoco entrará el Diablo. (Se desconfía de las imitaciones; y toda falsificación resulta sospechosa).

No hay que insistir más. Convencionalmente convencida—rabo entre piernas—la perrita se aleja. Aún dá vueltas, de cuando en cuando, para mirar; y luego, sigue andando, perdida. ¿Hasta qué rincón improbable? Para esperarlo, guarda sus ladridos a la muerte; hasta mas tarde. Y acabará, después: en el rincón invisible de los perros abandonados, el pitido de una risa clavado en el oido y las patas ensangrentadas por el recuerdo de su vano implorar.

Calla, en la oscuridad, el paso repetido de lo mismo. Y vuelve otra vez. Seguro. Cierto.

¿Qué feliz? No. ¡Qué alegre! Alegrementemente, al reflejo lunar, mientras el paso repetido de lo eterno da vueltas sin reposo. Por el pasillo vuelve y vuelve, su ritmo, su cadencia, a sonar.

Durmiendo están todos en la noche, como niños cuando fingen dormir hasta que se quedan dormidos. Y el que no quería dormirse, sabiendo que su perro estaba fuera, lla-

mándole, (se quedó fuera, y no puede, no podrá nunca, entrar) oye el mismo paso en el pasillo, vigilante retorno perpétuo de su eternidad. ¡Qué alegre, el infeliz, mece su sueño al compás breve del paso centinela! Y ríe—o sonríe—bajo la sábana, sin saber por qué. Ha cerrado los ojos al sueño su pasión exhausta; vencida la angustia de su desvelo. Y duerme en la mentira luminosa que encuadra la ventana, transparente al efluvio lunar. Sueña, al fin, ¡parece mentira! Y parece lo que es, soñando; al fin es lo que parece soñar, lo que aparenta: sueño. Sin querer, ni poder, dejar de serlo—de parecerlo—; para serlo. Sin fuerzas. Y sin voluntad.

Ya he dicho—responde el Director malhumorado—que la puerta esté siempre cerrada para que no entre ningún perro.

La Nochebuena de Dostoïeswky

El blando sonido acharolado de unas pisadas en la nieve, y un traqueteo alegre y violento, claveteado de frío, sin ritmo ni compás. El silencio es mas hondo, sobre gritos y maldiciones, como si la oquedad del cielo nocturno se invirtiera para darle sonoridad. Al abrigo suave de la nieve, todo, hasta lo más atroz, se hace tierno, dulce, conmovido: la marcha angustiosa y forzada,—padecida,—la soledad; aún la muerte.

La dura realidad reposa en sueño sobre la lana en copos de la nieve. ¿Qué oscuridad, en la noche pura, no alienta su albo secreto de esperanza? Detrás de los cristales, estando fuera. Detrás de los cristales, desde fuera—¡decirlo y verlo, así, *en realidad!* ¡Qué realidad del sueño, íntegra, detrás de los cristales, vive, tiembla de luces y de cántico! ¡Qué sueño claro, nace, de eterna realidad!

La marcha, precipitadamente se desliza rompiendo hielos—cristales, entre tumbos, bajo los pies—. Y los llantos, alentados por el avance impetuoso, traspasan vaivenes y cruji-

dos, brotan, caen, desbordan el silencio,—desde su infancia—; ahora, contra la dura nieve, desolada, irreal, imposible, del retorno—¡ hasta nunca más !

El purgatorio de Rimbaud

Agonizante, entre oleadas de una celestial música ratonera—el aristón es negra rata royendo el disco de corcho lunar— la cabeza hunde su fin en la caliente melodía, almohada de último sueño,—nostalgia de la verde adolescencia, del único *vigor futuro*. Perdido, borracho de naufragio, muere, autoelectrocutado por su propia inteligencia mística, fundido a tan alta tensión espiritual. Y el roer de los musicalizadores celestes tiende la escala de Jacob abriendo luminosamente el Paraíso.

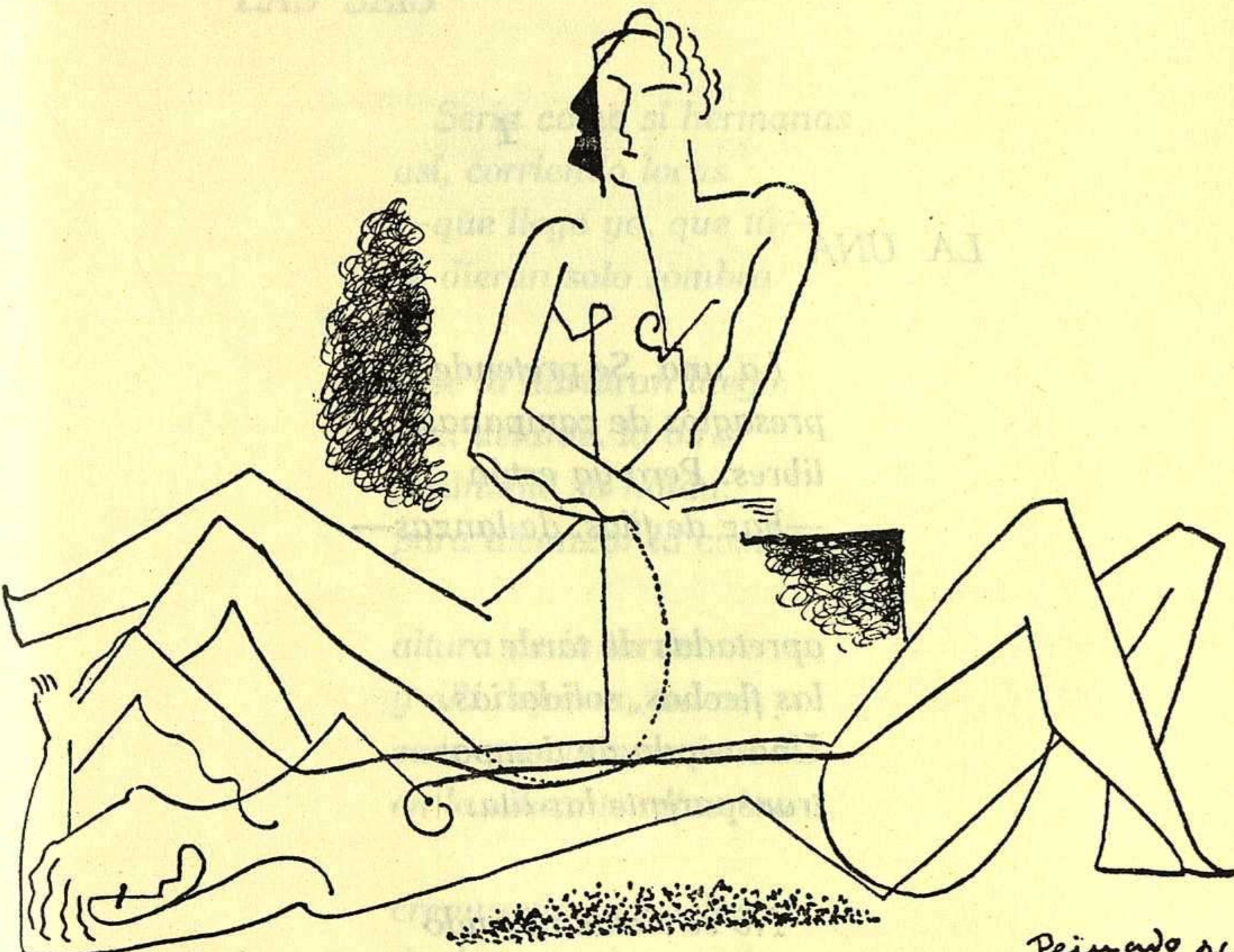
El ángel cojo—podado de alas—preferiría subir en ascensor. (¡ Cristo !). NO FUNCIONA. Y queda perplejo en la disyuntiva de: SEÑORAS—CABALLEROS—, sin saber por que lado debe tirar; absorto ante un cuarto cartel que, encendido, grita: RESERVADO EL DERECHO DE ADMISIÓN.

No importa. Es la estación azul nocturna; la salida esperada entre lucesitas multicolores; la viva vía de paso asegurado, definitivo, a la vuelta de la temporada que termina; de la temporada infernal.

Ahora—Purgatorio—acabó el atribulado ajetreo, el cansancio viajero, el avergonzado callar.

En el cochecito tendido—desde el andén—sube, en dulce pena, la cuesta del camino, hasta las piscinas milagrosas. ¡ Un poco de silencio, esta vez siquiera, gangosos corifeos improvisados de la piedad ! Y cuando le saquen del agua le habrá salido pierna nueva—y dos enormes alas rosa de arcángelico pelícano sobrenatural, trasfigurado.

José Bergamín



Peinado 26

para Emilio.

RELOJ

El purgatorio de Rimbaud 1

LA UNA

*La una. Se pretenden
presagios de campanas
libres. Pero ya están
—haz de filos, de lanzas—*

*apretadas de tarde
las flechas, solidarias.
Una venda de tiempo
transparente las ata.*

*No se siente ni ruido
ni pasaje. Luz cálida.
De la ceñida forma
y peso se desgaja*

*una espiga. La una
se escucha fresca, clara,
universal. Un ángulo
de sombra abre su pausa.*

José Bergamín

LAS SEIS

*Sería como si hermanas
así, corriendo locas
—que llego yo, que tú—
se dieran solo sombra*

*y se la hurtaran luego,
una delante, la otra
pisándole su huida,
para alcanzar la comba*

*altura de la tarde
y allí dejaran, todas,
caer sus cuerpos frescos
en la vibrante alfombra*

*crepuscular, gemelas
de tino, gracia y onda,
bajo los tiernos grises
finales y los rosas.*

3

LAS CINCO

*Ya la mañana sube
pujando en el silencio*

aún inmaduro. Malvas
estriados huyendo.

Quedan, solos, en lámina,
azules. Tierra y cielo
van medrando en firmeza,
de dudosos y trémulos.

El día, subterráneo,
hace lento proceso,
hincha la tierra y puja.
En el puro silencio,

la hora.—Liberal,
mueve el reloj su péndulo.—
A los fecundos golpes
el día salta, entero.

4

LAS TRES

Sólo te veo a tí,
campo claro, solemne,
desnudo, con un vuelo
de aves que se pierde
lejano en ese valle

*cerrado que contiene
—fronterizo—la tarde
segunda, ya impaciente*

*de otras luces, otra hora
más otoñal, más muelle,
más dulce, mas que el tiempo
en tránsito retiene*

*hasta que fine el paso
de las aves, tres, fuertes,
finas, desbridadoras
de la hora y trasponientes.*

Vicente Aleixandre

Intermedio*

En el horizonte, una blanca ciudad pende del cielo, estática y brumosa en el azul bajo y transparente. Puerto de la luz, más allá del mar: islas de aire, desnudas, altas, nacidas en el mar y voladas al cielo. Por un camino de calma, quietas en su lejanía casi inalterable, cuatro velas diminutas, juguetes de un viaje infinito. La mañana, ya cerca del mediodía, se ha detenido con sopor en esas velas paradas. Antes eran alas vibradoras las que le subían al cielo, rápidas y a retumbos:—la tierra, de madrugada, fría y con niebla; se despertaba el aparato entre bramidos de artillería, y temblando, raudo y rudo, saltaba sobre el prado hasta el vértigo de las nubes, espantadas a su vuelo. Adolfo Aprile cruzaba el cielo todos los amanezcos.—Ahora, la grave quietud de la mañana, sin viento, espesa de tibio reposo, balanceaba la mecedora, sin alas, sin velas, con la vida aferrada en la corriente y la marea de su puerto, de su sombra.

Pesan las horas. Ha viajado el campanil hasta la orilla, y con todo el pueblo se sumerge, como un mástil, en el mar. Se ván hundiendo, con el pueblo, los rumores, las voces distantes y el color verde y amarillo de las persianas de las villas, asomadas ya a los jardines submarinos. Adolfo Aprile no sabe a cuantos metros está bajo el nivel del aire, de la luz. Ha empezado por perder las manos, ya muertas, ya inútiles en sus piernas que todavía viven, pero sin que pueda moverlas. Los ojos, entreabiertos, vén por última vez las velas quietas dormidas en su viaje. Pero todo el cielo ya es mar, hondo mar de aire, con luz fría de agua, de vitrina, de acuario. Le pesan en la cabeza hilachas de memorias, que se le

* *Fragmento de novela*

mueven blandamente con ese mar espeso, en lo hondo de su naufragio. Algas suaves, blandas; y sus manos, movidas de pronto para asir la vida que se sumerge, se juntan y se cierran, como una concha. Cuando llega a sentir que se duerme ya está en el fondo de su sueño, de su mar de sopor, dormido. De corales, de perlas, de arbóreas y verdes algas, un largo camino hasta el cristal hermético de los palacios de la ciudad. Altas torres para asomarse al cielo, minarettes del sol, con escalerillas estrechas. Las sirenas no pueden cogerse de la mano y suben enlazadas por las colas y los tirabuzones de sus melenas mojadas. Delfines sus amantes, a saltos, brincan por las claraboyas de los oleajes, con mantos de espumas sobre su cota de diamantes de sal y rocío. Pero la sirena mas débil, la que canta con voz delgada como sus brazos, huye de toda la marina ciudad. Casi no tiene cola: Doble mármol rosado, de marina diosa de las fuentes atlánticas, sus muslos se juntan hasta la rodilla y allí se adelgazan en verde cola de esmeraldas su vestido de gala; sirena celeste, más que: marina diosa, apsada del aire, ninfa. Dentro del mar, muy hondo, pasaba un río largo. Por él se internaban, cruzándose los brazos en el nado profundo. La foz era un bosque infinible, laberinto difícil, encendido de sol y su sirena, su ninfa, era un hada ligera, voladora casi, vestida con blanco traje de blondas, de mangas muy anchas en cuyo vuelo los brazos se le reían temblando cuando llevaba las manos hacia el pelo y lo recogía para que no lo despeinase el viento.

—Zumbaba la mañana en un vuelo de insectos y de cantos de cigarras. Precisamente al lado de Adolfo Aprile, y en el tronco del olivo cuya sombra le guarda, la más insistente canción gira por sus oídos, le sitia, le circunda. Un rayo de sol, alto, penetra el olivo y le enciende la frente—.

Por el bosque de la foz pasa un viento ululante que conmueve los brozales y agita el ramaje de la arboleda; pinos

dorados de sol agudo, cinamonos y olivos. El hada de Aprile, medrosa y débil, es ya una mujer humana, que se recoge a su lado, atónita ante el furor del viento—«pero nosotros desangramos; toda nuestra sangre»—: van entre duras espinas de los zarzales, heridos y huidos. Hasta ese instante no advierte Adolfo Aprile, ya vivo en su sueño, que la sirena, la apsada, su ninfa es Juliette, con el mismo vestido blanco de encajes, ligera y dulce.

—Revuelo de campanas del mediodía. Se aturde el cielo de horas resonantes que ruedan por el mar, como un aplauso. Las doce de sol y de aire. El día, de oro brillante en los pinos, de esmeraldas vivas en el Tirreno, se abre como una granada madura. Un vuelo de palomas y de gaviotas cruje las alas alrededor de Aprile.—Por el camino del bosque, ahora empinado hacia la cresta de las montañas, al son de las trompetas, un galope de caballos arrastra la artillería hasta los picos más altos. Trepidan los automóviles de los Estados Mayores y un vuelo de aviones rasga el mediodía azul del aire del cielo.

—Segundo repique de las campanas.—De rodillas, él y Juliette,—huerto de cruces, capillita lombarda en la llanura, a la margen del río,—rezando.

—Por la carretera, al lado mismo del jardín de la villa de Adolfo, empiezan a pasar los automóviles que regresan de la ciudad hacia las otras villas. Ván todos devorándose el camino a su mismo afán de desfrenada velocidad, zumbantes las sirenas de los klassones, rugientes los motores. Rueda el paisaje, devorado y creado en la velocidad de su giro, turbina sonora de polvo y velocidad; de pronto se cierra el paso a nivel, y del túnel sombrío surge a la luz y al trepidante retumbo la violencia del expreso de Roma. Los automóviles encabritan ante la valla el furor de sus motores y se desbocan como en una carrera al paso abierto por la fuga del tren—.

Muy alto en el aire, se detiene el avión de Aprile rasgadas

sus alas de metralla. Las hélices giran aún, pero ya no se gobierna en seguro equilibrio. Adolfo Aprile se siente caer, esta vez desde más elevada altura que cuando realmente precipitó su aereoplano. A pico, sobre la llanura, al lado del mar. Dolor de cansancio, vano dolor sumido, sin conciencia. Otra vez en el fondo del mar; de arbóreas y verdes algas, de líquenes, de medusas, un largo sendero hasta el cristal esmerilado de un palacio frío. Amplios ventanales para asomarse a un mar más hondo, de agua dura y eterna. Y un pasadizo gris, de muros de hielo gris, con un laberinto en el fondo; el mismo bosque de la foz del río, todo él ahora de una cristalería de estalactitas. Ván por él muchas gentes, sombras casi, de igual materia helada y dura que los muros. Aprile casi no puede reconocerlas. Bettinelli; Pablo, su tío; Liliana;—¿son realmente ellos? ¿Por qué Bettinelli lleva aquél cirio en la mano? ¿Por qué Pablo, su tío, camina vuelto de espaldas y dá grandes voces? ¿Y Liliana? Ya no está; ahora ya no puede encontrarla, Aprile. En su sitio, muerto, el comandante de su aereonave, tendido, en brazos de cuatro sirenas. Otra vez las sirenas. De duelo blanco, todas. El,—muerto él, también,—se encoge de susto y deja pasar a todos deslizándose por el muro. De pronto, el hielo se abre, se descuaja, y surge un lago quieto y dormido. El, niño: Le llama Juliette, desde la terraza de la villa.

—Sol; otra vez las campanas, con el toque último de la misa. Revuelan las palomas. Casi no oye las alas, Aprile. Aún vive en su sueño, ya al borde mismo del aire verdadero.—¿Qué difícilmente sube las escalerillas estrechas para asomarse al cielo por las altas torres, minarettes del sol!

—El ruido de los automóviles en la carretera acaba por despertarle completamente. Por un instante, se siente recién llegado a su villa, al jardín, al mar. Un mínimo sopor le detiene aún frágilmente en el mundo de sus sueños. Para alejarse definitivamente, tiende los ojos al horizonte. Casi se ha

desvanecido en el azul la blanca nube que pendía del cielo, quieta y con neblina. Más remotas, más diminutas, las cuatro velas blancas se alejan en lento navegar.

Juan Chabás

Madrid. Enero, 1927.



Peinado. 26

Crepúsculo y Encuentro

(A VICENTE ALEIXANDRE)

ENCUENTRO

I

ANUNCIO

En el reloj comienza
la esgrima de las horas.
Limpio se inicia el juego:
Levántase, se acerca,
salta atrás, se mantiene,
crúzanse los aceros,
vuelve a retroceder
y en ágil brinco
marca por fin mi cita
la campana.

Hiere en el blanco;
el golpe gana el eco
y en noble cortesía
saluda a mi impaciencia.

Termina, así, venciendo, su ejercicio
y abandona el florete
mudo ya, sobre el viento.

II

SALIDA

1

Se desnudan las luces.

*Reclínanse mis libros,
—no en olvido—
en desmayo por mi huida.*

*Pájaro de una pluma, el tintero,
está en sueño:*

Soledad en mi cuarto.

2

*Acudo. Alégranse en la cita:
frutas bien ordenadas
sobre cajas de vidrio;
altas copas que aguardan
húmedas de reflejos...
y la cita en acecho
con un brazo en la hora.*

*No olvida la distancia
soledad en mi cuarto.*

III

MIRADAS

*Entro. Estoy.
Levantándose, el rostro*

zarpa en navegación
lenta por el instinto.
En vertical viaje
asciende, olvidando
en la mesa el cristal
junto al oro. Ve...
y vuelve junto al ancla
del sabor. Alza.
Vuelve luego a caer
en mansa inclinación.
Percibe. Vuelve
al alto viaje...
Halla luz. Se contiene.

Y mientras grana así
la clara espiga,
entre frutas quebradas
y sazonados vidrios,
sostiéndose ceñidas
dos cinturas de almas
y encájase la cita.

CREPÚSCULO

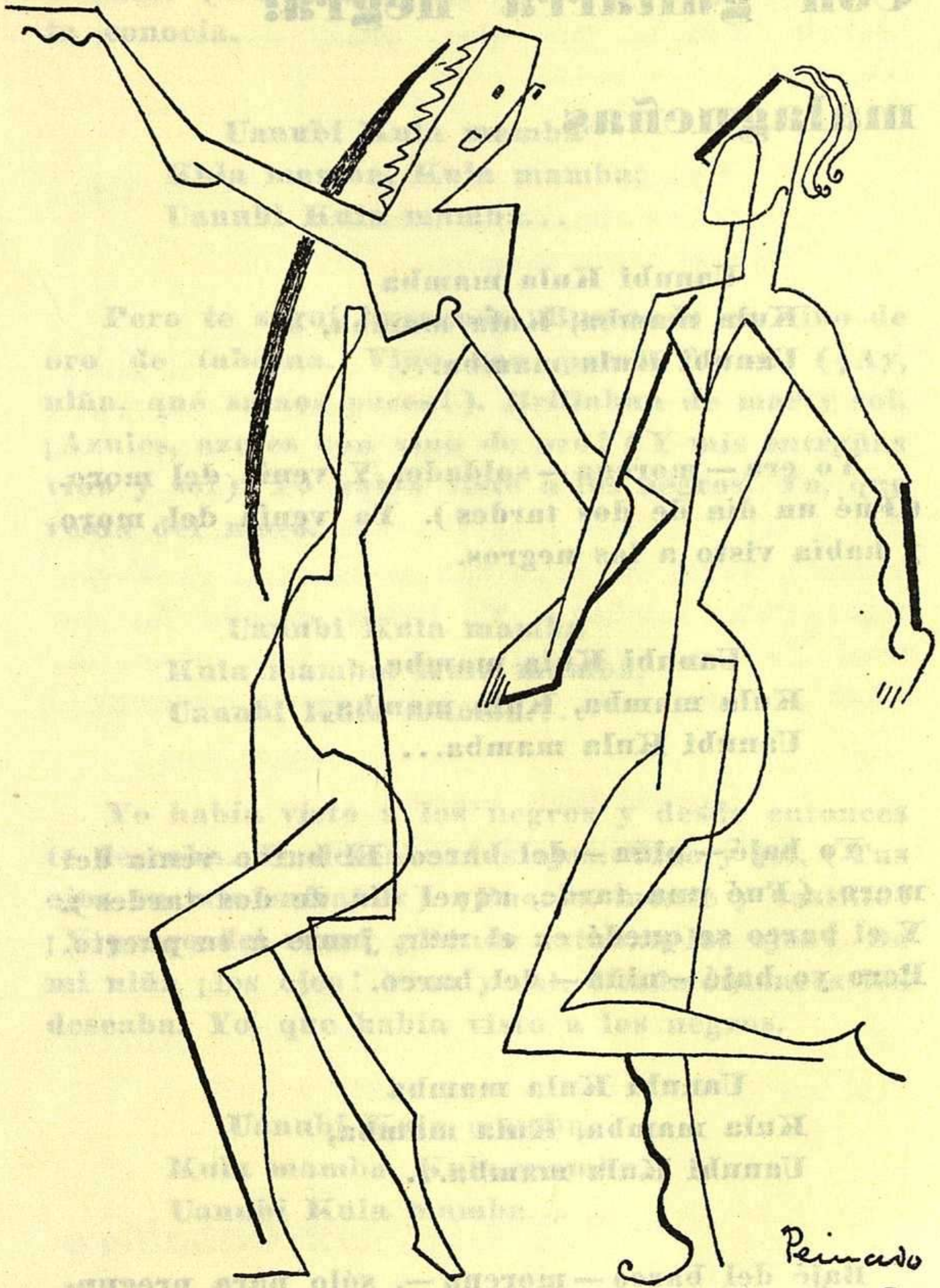
El blanco albor latente,
medio desfallecido
se derrama, perdido
sobre la fría fuente
de la sombra. El relente
suave lo adormece
y su desmayo crece
al sentir la caricia

del paso de la hora. . .
La estrella al fin se dora
y la noche se inicia.

La soledad, ceñida,
su flor desbaratada
ajusta. Terminada
la sombra, cae rendida,
se descuelga, y dormida
se entrega a la corriente
ágil del tiempo. Puente
el silencio, levanta
su alta curva precisa.
Quietud. En la indecisa
onda, una luz canta.

Sueña el barco en Narciso
sobre el agua tirante
y bien pulida. Ante
el limpio y preciso
reflejo, claro y liso,
que se tiende en descanso,
suspende del remanso
su mirada tranquila.
Nace la flor despacio
sobre el agua. El espacio
en beso se perfila.

Emilio Prados



Peinado
26

para Emilio.

Con guitarra negra: malagueñas

**Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,
Uanubi Kula mamba...**

**Yo era — morena — soldado. Y venía del moro.
(Fué un día de dos tardes). Yo venía del moro
y había visto a los negros.**

**Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,
Uanubi Kula mamba...**

**Yo bajé — niña — del barco. El barco venía del
moro. (Fué una tarde, aquel día de dos tardes).
Y el barco se quedó en el mar, junto a tu puerto.
Pero yo bajé — niña — del barco.**

**Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,
Uanubi Kula mamba...**

**Bajé del barco — morena —, sólo para pregun-
tar por tí. Por tí pregunté yo al puerto. Por tí
pregunté yo al monte. Por tí pregunté al casti-
llo. Y a la calle de geráneos. Y al paseo junto**

al mar. (Yo iba — niña — de soldado). Y nadie te conocía.

Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,
Uanubi Kula mamba...

Pero te seguí buscando. Buscando en vino de oro de taberna. Vino con peces fritos. (¡Ay, niña, qué salaos peces!). Brillaban de mar y sol. ¡Azules, azules con vino de oro! (Y mis entrañas vino y sol). Yo había visto a los negros. Yo, que venía del moro.

Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,
Uanubi Kula mamba...

Yo había visto a los negros y desde entonces te deseaba. Te deseaba: los ojos. Vino y sol. (Tus ojos en mis entrañas). ¡Puerto, monte y castillo! ¡Y paseo del mar! ¿Dónde estaban los ojos? De mi niña ¡los ojos! Vino y sol. Desde entonces los deseaba. Yo, que había visto a los negros.

Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,
Uanubi Kula mamba...

Yo, que sentía las entrañas como el redoble de un tambor. Tambor de guerra, tambor de baile. Seco, seco, seco, ¡pom! seco ¡pam! Tambor

**de amor. Tambor de negro. Infatigable tambor.
¿Dónde estaban tus ojos, niña, negros color
tambor?**

**Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,
Uanubi Kula mamba...**

**Yo era — morena — soldado. Y venía del moro.
Y bajé del barco. Aquel día con dos tardes. Para
preguntar por tí. Por tus ojos, al castillo, al
monte, al puerto, a la calle y al mar. Tus ojos de
vino y sol. (¿Vino y sol? los llevaba en las en-
trañas). Nadie me supo hablar de ellos, (tus ojos
negros color tambor). Yo había visto a los ne-
gros. Yo que venía del moro. ¿Dónde, dónde es-
taban tus ojos — niña — castillo, monte y mar?**

**Uanubi Kula mamba
Kula mamba, Kula mamba,**

**tus ojos, morena, que yo ví un día, yo, viniendo
de los negros...**

¡Uanubi Kula mamba!

E. Giménez Caballero

Índice
Tercer tomo de la obra de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, poeta y soldado, autor de la obra titulada "La Araucana".

Tomando en cuenta el número de páginas de cada una de las obras que componen el presente tomo, se ha dividido en tres tomos, para facilitar su lectura y venta.

Tres composiciones
viendo el lugar de donde se originó el poema, y el tiempo en que se escribió, se puede apreciar el valor de esta obra, y el mérito del autor.

[Redacted]
año II **n.º 3**

imprenta SUR

SAN LORENZO, 12. - MÁLAGA

[Redacted]

Con esta obra se completa el tomo de la obra de D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, poeta y soldado, autor de la obra titulada "La Araucana".

Ortografía

Portada y primer dibujo de Federico

García Lorca

Punto final

(...Con algunos apuntes sobre el recuerdo)

*A la memoria de mi padre Julio Amado
y Reygondaud de Villebardet
que amaba la verdad y la justicia.*

Angel Caffarena en la introducción de este número 25-26 ("Litoral" 1926 primera entrega números 1, 2 y 3), hace unos comentarios, sobre "Generación del 27", "Generación de la Dictadura" y "Generación de "Litoral", para señalar qué nombre encuadra mejor a aquella generación poética que representa una de las páginas más importantes de la Literatura Española.

Contaba yo en el año 1926, nueve años de edad.

Suficientes para tener sobre aquella hora recuerdos muy marcados que perduran a través del tiempo.

Me siento con capacidad para hablar con la voz de los que entonces me rodeaban y creo que el tiempo transcurrido —más de cuarenta años —me libera de esa preocupación con que se escribe ahora, de si rebasará lo que uno dice o siente, esos lí-

mites que para escribir impone el artículo 2, párrafo 3 ó 4 ó 5 de la letra b, d, o c de la Ley de Prensa.

* * *

A los 9 años vivía yo en la casa de mis padres en Madrid. Mi padre era un ser liberal, diputado a Cortes independiente durante 20 legislaturas por el distrito de Purchena, comandante de Caballería y propietario de un periódico importante en la capital: "La Correspondencia Militar". Mi abuelo se sublevó en Alcolea e intervino activamente en la proclamación de Alfonso XII. Mi padre, en esa línea liberal, estuvo en cierta ocasión castigado en un castillo con otros comandantes: Pignatelli, Gólfín y Queipo de Llano, defendió las Juntas de Defensa y con ellas la escala cerrada, siendo el comandante más joven del arma de caballería por méritos de guerra y tuvo una actuación importantísima en la huelga ferroviaria del año 13. Él fue único mediador entre el comité de huelga y el Presidente del Consejo de Ministros que era entonces don José Canalejas.

Cuando se resolvió aquella huelga, el gobierno incumplió luego las promesas que mi padre dio a los obreros en su nombre y en una sesión memorable de las Cortes, requerido Julio Amado por Pablo Iglesias, una especie de patriarca del Socialismo español por aquel entonces, dijo tan claramente la verdad, que el Ministro de Fomento (hoy se llama de Obras Públicas), que era Villanueva, se levantó de su escaño en el Banco Azul y presentó la dimisión.

Canalejas ofreció a mi padre la cartera de Fomento, a lo que mi padre se negó, pues pese a la confianza que en él depositaron las organizaciones obreras, pensó que hubiera parecido todo un juego para llegar a Ministro y no debió tener tampoco confianza en que se cumplieran sus deseos a la hora de las soluciones necesarias.

En unos y otros momentos se quedaban en casa, a dormir, eludiendo la vigilancia de la policía, algunos seres perseguidos.

Y en unos y otros momentos también tenía mi padre hilo telefónico directo con Palacio y era muy grande su confianza y su lealtad con el Rey. En cierta ocasión, eludiendo a los perio-

distas para posibles interpretaciones, entró de madrugada por el Campo del Moro, para presentar a Alfonso XIII a Francisco Cambo, revolucionario entonces, sobre el grave problema de Cataluña y luego Ministro de la Corona, en la solución de temas económicos de todo el país.

* * *

Mi otra línea familiar, el apellido Arniches, me hizo vivir largos años al lado de uno de los seres de mayor bondad y autor teatral de la mayor trascendencia, que fue Carlos Arniches. Para conocer el ambiente popular de principios de siglo, los sainetes y la obra de Carlos Arniches, son una pintura y un retrato como los cuadros de Goya en su tiempo. Humaniza el teatro de Carlos Arniches al pueblo en sus vicios y sus virtudes, en su corazón y sus sentimientos y no llega uno a saber bien si captó él una manera de hablar popular o el pueblo habló así al oírle en los escenarios con sus frases y sus “dichos”.

* * *

Mi abuela por línea paterna, Clemencia Reygondaud de Villebardet, era una aristócrata francesa y necesitaba mucho espacio para firmar, como lo hacía siempre, con su nombre completo. Tenía nostalgia de su país, recordaba a menudo con anécdotas de su padre y su casa, la revolución de la Bastilla y su marcha luego muy niña a Cuba. Algo de sangre francesa debo tener yo en mis venas, que me alegra en esta hora de Europa y de la posible unión de las fuertes nacionalidades que habrán de fundirse como un solo tronco en porvenir muy próximo.

* * *

El año 1926 coge el centro de un período de la Historia de España que se llama “La Dictadura” y que está representado por la sublevación primero y el Gobierno después del General don Miguel Primo de Rivera, desde el año 1923 al 1930. Los siete años de la Dictadura.

Pienso que las dictaduras nunca dicen que lo son y vienen envueltas en el papel de seda de falsas fórmulas liberales. Pero nadie ha hecho nada por cambiar el nombre al período histórico del 23. Mucha gente que la vivió activamente y otros que sólo la conocieron a través de seres junto a los protagonistas, opinan sobre ella. Los tristes años de la Dictadura para unos y los benditos años de la Dictadura para otros.

Depende claro está del temperamento de cada uno.

El hecho de bendecir una dictadura ya indica una manera de ser para todo. Hay gente que quisiera no siete años de dictadura, sino diez y siete, veintisiete o ciento siete.

Yo he hecho una sucinta exposición de mis antecedentes familiares para enfrentarme y situarme con aquella época en que nacía "Litoral" a la hora de reproducir aquella esplendorosa obra de la Poesía. Creo que todo tiene en esta vida una relación con el medio ambiente.

Mi padre y mi tío Carlos Arniches, dos hombres desde campos separados en el mundo literario, el Periodismo y el Teatro, eran muy poco partidarios de la Dictadura.

Mi padre decía a menudo, ante los continuos aplausos de la prensa dirigida y mediatizada por la censura, "la Dictadura arrastrará consigo al trono y al Rey". Carlos Arniches, que dedicó a Alfonso XIII "Los Caciques", una estupenda crítica de la política rural de entonces, no haciéndole responsable de los vicios que rodeaban a su tiempo, opinaba lo mismo. La Reina María Cristina también pensaba así, y dicen que al Conde de Grove, profesor de Alfonso XIII, le costó la vida el incumplimiento de la palabra que diera Alfonso XIII a los artilleros que se sublevaron en el Alto de los Leones y que Primo de Rivera no respetó, disolviendo el cuerpo de Artillería por sí y ante sí. Antes y en cierta conversación que mi padre tuvo con el Rey en Palacio para publicarla en su periódico, la censura tachó las opiniones del Rey de la cruz a la fecha, sobre el Ejército y cuál debía ser su espíritu y actuación.

* * *

Desde entonces vengo oyendo hablar de la Dictadura como feliz coyuntura histórica y hablar de los políticos hasta aquella etapa, como una especie de monstruos que sumieron al país en desventuras sin cuento. Esto de los "viejos políticos" es como una muletilla que empieza en el año 1923 y no ha terminado aún. Yo pienso que aquellos viejos políticos serían jóvenes en su principio y aprendizaje y la política es arte difícil que exige una formación, como todo. Lo que venía a sustituirlos era un directorio militar de generales, que es una graduación a la que se llega en el Ejército a edad avanzada, y si la cosa era por el símbolo de lo que representaba no hay nada más viejo en la historia de los pueblos que la Dictadura, desde Nerón a Torquemada.

El período que en las páginas de nuestra historia ocupa la República del 31 es, según comentario de algunos, una representación de todos los males y parece como si aquellos cinco años mal contados tuvieran la culpa de todo lo ocurrido, no bueno, antes y después. El juicio no me parece justo.

Cinco años son muy pocos años, sobre el mal y el bien, en la trayectoria de los pueblos.

Cánovas en su tiempo, Maura, Dato, Canalejas, don Francisco Bergamín, fueron hombres de visión, de preparación y de buenos propósitos. Todavía en el despacho de cualquier letrado los dictámenes de don Antonio Maura, son casi texto de estudio y de consulta. Era un jurista eminente que no es mala educación para gobernar.

Como dijo José Antonio Primo de Rivera, la República vino con muy buena música, refiriéndose al manifiesto de José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala y el grito constante de Miguel de Unamuno, señalaba caminos y marcaba defectos.

Felipe Sánchez Román, con quien yo me examiné de Derecho Civil, Luis Jiménez Asúa, Agustín Viñuales y Flores de Lemus, desde sus cátedras de Derecho Penal y Economía Política, y Pérez Serrano, desde la de Derecho Político (inutilizado luego durante años para ejercer su profesión y cuyos dictámenes solucionaban y evitaban pleitos, como fórmula de entendi-

miento entre las partes) fueron hombres de una espléndida formación y con impacto sobre el Derecho, los juristas y la cultura de las Universidades de Europa y las Américas.

La Residencia de Estudiantes de la Calle del Pinar, en la batuta de Alberto Jiménez en donde vivieron Juan Ramón, Federico, Emilio Prados... es también sobre el tiempo símbolo y compendio de uno de los centros culturales más logrados.

No, la historia escrita con buena letra, no empieza en una sola hora y con un grupo de hombres. La Historia se escribe cada día entre aciertos y equivocaciones de los gobernantes de siempre, a través de los años.

* * *

La Dictadura trajo la República, porque la República vino de la mano de muchos hombres que fueron monárquicos hasta entonces. El Rey, en manifiesto de trascendencia histórica, abandonó el trono y suspendió sus regias prerrogativas, cuando creyó y era cierto no contar con el amor de su pueblo —estupendo ejemplo de respeto a la voluntad popular— y uno ha pensado alguna vez que la posible restauración quizá vendría de la mano de muchos republicanos desengañados en la experiencia del 31.

* * *

Sobre premisas de este ambiente, nace "Litoral" en el año 1926.

Los poetas en plena juventud que dan vida a la Revista, están todos frente a la Dictadura y son en su inmensa mayoría republicanos. La intelectualidad de aquel entonces piensa y siente así. Luego ante el gran drama nacional, viven el exilio largos años, de Picasso a Ortega, de Marañón a Antonio Machado, de Pérez de Ayala a Juan Ramón, de Alberti a Bergamín, de Prados y Altolaguirre a Cernuda, Neruda y Vallejo...

Cuanto piensan, cuanto sienten, cuanto escriben, no coincide con los nuevos módulos del país.

Puede que algunos se sientan en algún momento republicanos de Pi y Margall y otros monárquicos del Rey que contribuyeron a destronar y que abandonó su país sin dejar tras de sí una sola gota de sangre para morir en la habitación de un hotel de Roma, también en el exilio, entre sombras de nostalgia.

* * *

Aunque lo parezca no es este un comentario político, son como digo al principio, apuntes sobre el recuerdo, para saber cómo era y dónde estaba lo que con razón llama Angel Caffarena la Generación de "Litoral". Es una manera de situarla para entenderla, porque ese ha sido uno de mis propósitos al resucitar la revista.

Sin pensarlo, creo que sin proponérmelo —cuando empecé no conocía yo sino algún suplemento suelto del "Litoral" de 1926—, este "Litoral" que he resucitado está en la línea humana y tipografía del primer "Litoral". La presencia de Picasso, de Alberti, de Manuel Angeles Ortiz, de Benjamín Palencia, de Bergamín, de Maruja Mallo, de Luis Felipe Vivanco... me afianza en que estoy en el camino de la autenticidad.

Yo no voy a opinar ahora sobre si el pasado político es el compendio de todos los males, lo que sí sé es que el pasado intelectual, la música, la poesía, la pintura, la escultura y el teatro de aquella generación de "Litoral" encierra una de las páginas más importantes para todos los caminos del arte. También de Picasso a Falla, de Ortega a Unamuno, de Alberti a Bergamín, de Alberto a Valle Inclán y Arniches, de Emilio y Manolo a Luis Cernuda, de Vallejo a Miguel Hernández y de Juan Ramón a Federico.

Claro que cierto financiero, amigo mío, me dijo en una ocasión, con ingenuidad, que los intelectuales eran los culpables siempre de todos los grandes cambios y convulsiones de la Historia. Lo decía con desesperación porque naturalmente a él no le convenía que cambiara nada.

* * *

Es una alegría para mi al reproducir exactamente, lo que ya es una joya bibliográfica, haceros partícipes a vosotros mis suscriptores del placer de saborear la composición, el arte editorial, todo el contenido, de esas páginas de poesía.

José María Rivera

Se terminó de imprimir este número de "Litoral", primera entrega, núms. 1, 2 y 3, publicados en el año 1926, el día 15 de mayo de 1972, en los talleres de la Imprenta "Dardo", Alameda, 37, y Gráficas San Andrés, S.A., Alonso Cano, 4, de Málaga, bajo la orientación de José María Amado. Intervinieron y colaboran con él Angel Caffarena Such, Jesús de Ussía y Manuel Gallego Morell. Representa un homenaje más al recuerdo de los poetas Manuel Altolaguirre y Emilio Prados que dieron primer aliento de vida a las páginas de esta revista, así como a los obreros impresores que entonces intervinieron en su composición y que personificamos en José Andrade, unido aún a nuestras tareas y nuestro trabajo, hoy en la compañía del maestro Antonio Gutiérrez y sus hijos Pepe y Manolo.

Es una alegría para mí haber encontrado lo que
ya es una joya bibliográfica, haber participado a vuestros mis-
teriosos y misteriosos al respecto de vuestro trabajo editorial,
al menos de vuestro caso, de vuestro trabajo editorial.

Antonio Gálvez

Se terminó de imprimir este número de
"Litoral", primera entrega, número 1, 2
y 3, publicados en el año 1926, el día
15 de mayo de 1927, en los talleres de
la imprenta "Dardo", Alameda, 37, y
Gálvez San Andrés, S.A., Alameda Ca-
no, 4, de Málaga, bajo la orientación de
José María Amado, intervinieron y co-
laboraron con él Angel Calistero Gudi,
Jesús de Utría y Manuel Gálvez Mollé.
Representa un homenaje tras el testado
de los poetas Manuel Altolaguirre y
Luis Rada que dieron primer alicante
de vida a las páginas de esta revista,
así como a los otros impresores que
entonces intervinieron en su com-
pición y que personalizaron en José An-
drés, unido con a nuestras tareas y
nuestro trabajo, hoy en la compañía del
maestro Antonio Gálvez y sus hijos
Pera y María.

Dale aire al aire
para darle a tu vida
vuelo distante.

Darle aire al aire
es darle tiempo al tiempo
y al alma sangre.

Y al alma sangre,
dándole al pensamiento
viva raigambre.

Dale aire al aire
para que tenga el vuelo
donde posarse.

José Bergamín